

El proceso espiritual de conversión en la iniciación cristiana de niños y adolescentes. Fundamentos y esbozo

Juan Carlos Carvajal Blanco
U.E. San Dámaso (Madrid)

«Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis,
pues de los que son como ellos es el reino de Dios.
En verdad os digo que quien no reciba el reino de Dios como un niño,
no entrará en él» (Mc 10,14-15)

Las palabras que encabezan nuestro trabajo son todo un programa para la Iglesia. Con ellas, Jesús indica cuál debe ser la actitud de la comunidad cristiana respecto a los niños: «Dejad que los niños se acerquen a mí»; pero, también, apuntan a un cierto ideal que todo cristiano ha de cumplir para poder participar del reino de Dios: «pues de los que son como ellos es el reino de Dios»¹.

En efecto, según Jesús, los niños, por el hecho de serlo, poseen una disposición innata que les hace especialmente receptivos a los misterios del Reino. El considera que tienen una capacidad significativa «para llamar confiadamente Padre a Dios y para abrirse a los regalos de éste»². De algún modo, su pequeñez, debilidad e irrelevancia en la sociedad de entonces les hace ser esos bienaventurados que Jesús declara ser los destinatarios del reino de Dios (cf. *Lc 6,20* par). De tal manera tipifican las actitudes del discípulo del Reino, que Jesús con toda su autoridad, «condiciona la recepción del mismo a la exigencia

1 J. GNILKA, *El evangelio según san Marcos*, vol. II (Sígueme, Salamanca 52005) pp. 91-95.

2 *Ibid.*, p. 93.

de hacerse como un niño»³. Marcos concluye la perícopa con una imagen muy significativa: «Y tomándolos en brazos (Jesús) los bendecía imponiéndoles las manos» (v. 16). Los niños se dejan abrazar por Jesús, son receptivos de sus bendiciones. Así los discípulos han de dejarse hacer y permitir que sea Jesús mismo quien por su bendición pascual les introduzca en el Reino fundado en la paternidad de Dios.

Nuestro estudio tiene como presupuesto esta enseñanza de Jesús, ella es la que nos permite fijar la atención directamente sobre los niños tratando de indagar eso que les capacita a ser receptivos de los misterios del Reino. Si la actividad eclesial que se lleva a cabo con ellos quiere ser fructífera, es preciso que incida y ayude a desarrollar justamente esa disposición que les hace sintonizar de un modo especial con el reino de Dios. Esa es la puerta que Dios ha preparado y, como veremos, Él mismo abre para acercarse a sus hijos más pequeños. Si la comunidad cristiana la ignora y no la atraviesa con ellos de la mano, todos sus esfuerzos serán en vano. ¿Los fracasos que actualmente cosechamos en la Iniciación cristiana de niños y adolescentes, no nos están indicando que algo estamos haciendo mal?, ¿no estaremos construyendo la casa sobre arena al ignorar la roca que el Señor proporciona a su Iglesia por medio de la infancia? En nuestros proyectos pastorales ¿nos paramos a pensar y a discernir de qué modo el misterio de Dios se hace presente en la vida de los niños y cuál es esa connaturalidad que les hace especialmente receptivos?...

Nuestro trabajo no pretende ofrecer ni una reflexión ni menos aún una propuesta acabada. Trata más bien de dar una respuesta provisional a estas cuestiones y desea abrir un camino de estudio en el que, a partir de las disposiciones espirituales de los niños y adolescentes, se puedan diseñar unos itinerarios iniciáticos en los que se tenga como criterio primero el suscitar, alentar y acompañar los procesos espirituales de conversión que ellos mismos siguen⁴. Desde esta perspectiva dividimos nuestro estudio en tres partes. En la primera ofreceremos una tesis de partida que nos permitirá ponernos en la pista para comprender mejor esa capacidad que permite a los niños sintonizar con el Misterio

3 *Ibid.*

4 Presuponemos y hacemos nuestro el planteamiento del Episcopado español: «Así pues, en la iniciación catequesis, liturgia y experiencia cristiana caminan juntas hacia un mismo objetivo. Conviene cuidar las tres dimensiones correspondientes e íntimamente correlacionadas: dimensión catequética, dimensión sacramental y dimensión espiritual; más aún y dadas las circunstancias actuales desde el punto de vista socio-cultural y religioso, podemos decir que las dos primeras, más allá de todo automatismo, están al servicio de la dimensión espiritual, donde se fundamenta el proceso de conversión, el encuentro y la adhesión a Jesucristo...» (Conferencia Episcopal Española [CIV Asamblea Plenaria], *Custodiar, alimentar y promover la memoria de Jesucristo. Instrucción Pastoral sobre los catecismos de la Conferencia Episcopal Española para la iniciación cristiana de niños y adolescentes* [21-XI-2017] n. 8) (a partir de ahora: *Custodiar...*).

divino; en ella ofreceremos los fundamentos teológicos y psicológicos que nos permiten sostenerla. Después ofreceremos un apunte sobre la novedad de la propuesta cristiana y mostraremos la conveniencia de que desde la misma infancia los niños sean invitados a interpretar sus experiencias desde la fe en Jesucristo. Por último, presentaremos un esbozo del proceso espiritual de conversión que ha de estar en la base del proceso educativo e iniciático por el que los niños y adolescentes pueden ser introducidos en los misterios cristianos de la fe.

I. TESIS: LOS NIÑOS POSEEN UN VIDA ESPIRITUAL LLAMADA A SER RECONOCIDA Y DESARROLLADA

Comprendemos que esta tesis, punto de arranque de nuestro trabajo, no resulte evidente. Estamos acostumbrados a estudios de psicología evolutiva de los niños y adolescentes elaborados desde diversas perspectivas: afectiva, cognitivo-racional, social, moral...⁵; pero en los cuales apenas es considerada la dimensión espiritual. Es cierto, existen algunos estudios que centran su interés en la evolución del sentimiento religioso en los primeros años de vida, pero propiamente no afrontan su espiritualidad⁶. En este apartado vamos a tratar de argumentar nuestra afirmación: los niños, aun en su tierna infancia, tienen vida espiritual. Para sostener nuestra tesis primero afrontaremos algún prejuicio y después ofreceremos las bases para su fundamentación.

1. No se tiene en cuenta la vivencia espiritual de los niños. Son contemplados desde los adultos

Partimos de un hecho que es fácilmente constatable: los tratados de psicología y pedagogía evolutiva estudian habitualmente a los niños y adolescentes en referencia a los adultos. Se les contempla como seres humanos inmaduros cuando no deficientes. La infancia y adolescencia no son reconocidas por ellas mismas, sino como fases de la vida que preparan las siguientes. Esta perspectiva genético-funcional, como decimos,

5 Cf. R. OERTER, *Moderna psicología del desarrollo* (Herder, Barcelona 1980); Th. Lidt, *La persona su desarrollo a través de su ciclo vital* (Herder, Barcelona 1980); J. PIAGET, *Psicología del niño* (Morata, Madrid 1984); J. H. FLAVELL, *Psicología evolutiva en Jean Piaget* (Paidós, Barcelona 1982); M. MORALEDA, *Psicología del desarrollo: infancia, adolescencia, madurez y senectud* (Boixareu Universitaria, Barcelona 1992); A. ARTO, *Psicología evolutiva. Una propuesta educativa* (Ed. CCS, Madrid 1993).

6 F. OSER, *El origen de Dios en el niño* (Ediciones San Pío X, Madrid 1996); Id, *Pedagogía del crecimiento religioso* (Ediciones San Pío X, Madrid 2005); A. GARCÍA-MINA FREIRE, *Psicología y catequesis. Un estilo de educar* (CCS, Madrid 2004);

no valora lo que los niños y adolescentes son en sí mismos ni consideran las experiencias que le proporcionan sus propias disposiciones y capacidades, las cuales responden a su propia idiosincrasia. Solo son tomadas como un estadio que se comprende desde la meta. Pongamos un ejemplo. Fijémonos en el desarrollo cognitivo. Tras los abundantes estudios de Piaget y sus epígonos, *grosso modo* se contemplan cinco estadios evolutivos⁷: sensomotriz (0-2 años); simbólico (2-4 años); intuitivo (4-7/8 años); lógico concreto (7/8-11/12 años); lógico formal (11/12- 15años). El niño y adolescente tiene que pasar por cada una de estas fases para alcanzar la madurez cognitiva y cada una de estas fases adquieren su sentido y verdadero valor en las siguientes, las cuales las completan y conducen a la verdadera madurez del sujeto. Parece imposible que alguno de los elementos de una etapa posterior y superior, supongamos la lógico formal, puedan ya hacerse presente, por ejemplo, en el estadio simbólico. Como veremos, más adelante, esta excesiva esquematización no siempre responde a la realidad; pero por desgracia opera como un prejuicio que impide reconocer el verdadero valor de las experiencias infantiles y la necesaria promoción y desarrollo en sí mismas⁸. Por el momento, baste esta advertencia para liberar nuestra mirada de la miopía que, en abundantes ocasiones, no nos permite observar con limpieza las diversas vivencias y comunicaciones que de ellas hacen los niños.

Si este prejuicio tiene nefastas consecuencias en la educación de los niños, en general, más las tiene cuando se trata de la vida espiritual. De primeras, existe una opinión general de que la vida espiritual, esa que propicia la experiencia del misterio divino, es propia de personas humana y espiritualmente maduras. Vulgarmente se piensa que la experiencia de Dios es solo propia de personas que han alcanzado altas cotas de vivencia espiritual y que la mayoría de los sujetos se han de contentar con una mera comprensión doctrinal y con una vivencia moral-ritualista de la experiencia cristiana⁹.

7 ARTO, pp. 138-145.

8 El psicólogo y profesor de psicología T. Hart, experto en el campo de las relaciones entre espiritualidad, psicología y educación, así como en la investigación del aprendizaje infantil, sobre esta punto afirma lo siguiente: «El desarrollo cognitivo infantil tiene lugar a lo largo de distintas etapas, (sin embargo) estas son demasiado amplias y generales y no parecen, en consecuencia, más que una tosca esquematización. Por eso cuando observamos más detenidamente, descubrimos flagrante excepciones al modelo de Piaget. Incluso los niños más pequeños evidencian una cierta capacidad para reflexionar sobre las grandes preguntas (metafísica), para interesarse sobre la experimentación y las fuentes válidas de conocimiento (epistemología), para razonar sobre un determinado problema (lógica), para cuestionar los valores (ética) y para reflexionar, en suma, sobre su propia identidad en el mundo» (T. Hart, *El mundo espiritual secreto de los niños* [Ediciones La Llave, Barcelona 22013] pp. 142-143) El autor pone multitud de ejemplos que sustentan esta afirmación y que a nosotros nos ha confirmado que los niños pequeños son capaces de una vida espiritual.

9 Sobre este punto nuestro estudio: «El catequista, mistagogo de la fe»: *Teología y Catequesis* 137 (2017) pp. 137-167.

Este prejuicio se ve reduplicado cuando se refiere a los niños. En efecto, se da por supuesto que los niños no pueden tener una experiencia que lleve el calificativo de espiritual. Se considera que su inmadurez humana y religiosa les impide tener una vivencia personal del misterio divino. Y que resulta suficiente, en su primera infancia, con que aprendan los principales contenidos doctrinales, adquieran ciertos hábitos religiosos y hagan suyas algunas normas morales básicas. Quizás esto explica cómo en nuestros días permanece acríticamente el ejercicio de una catequesis eminentemente doctrinal, trufada por unos elementos litúrgicos, que alienta la esperanza de que cuando los sujetos maduren podrán comprender el significado y hacer experiencia del mensaje que se les transmite.

En efecto, en muchos casos la catequesis es pensada como «la transmisión pedagógica» de unos contenidos que tienen que ver más con la reflexión teológica que con la explicitación del kerigma. Y aunque dice tener como objetivo servir a la experiencia cristiana de los niños y adolescentes, en realidad, lejos de poner en el centro el encuentro con Cristo, se contenta con cumplir con unos programas previamente prefijados. Dicho de otro modo, gran parte de la catequesis actual no termina de saber cómo, de un modo concreto, la experiencia humana-religiosa de los niños constituye una preparación al anuncio del Evangelio ni cuáles son las semillas de la Palabra que laten en ella y pueden ser el punto de anclaje para la actividad iniciática de la Iglesia.

Al desentenderse de esta condición que determina la acogida de la fe y sin apenas otra referencia que la pedagogía escolar, la práctica catequética se desarrolla a través de un proceso educativo que no termina de responder al carácter trascendente y gratuito del contenido de la fe. Nos referimos a que habitualmente el proceso iniciático de la fe se programa y es conducido a partir de una doble referencia: las etapas evolutivas de los niños y los contenidos que a partir del desarrollo de sus capacidades puede asimilar. De este modo, la indiferencia cuando no la ignorancia de la vida espiritual que portan los niños y adolescentes, resulta perniciosa para la actividad catequética. No trabaja sobre la experiencia espiritual de ellos, por muy incipiente o desdibujada que sea. No se cuenta con la intervención antecedente del Espíritu que misteriosa, pero realmente, permite que el anuncio cristiano y la educación de la fe adquieran sentido y puedan ser interiorizadas¹⁰. No cabe

10 De un modo genérico hemos tratado este aspecto en nuestro estudio: «El itinerario espiritual en los procesos de Iniciación cristiana»: Actualidad Catequética 245-246 (2015) 87-112. Este mismo trabajo, con algunas modificaciones lo hemos publicado también con el título: «Una catequesis que inicie en el Misterio del Dios vivo»: Teología y Catequesis 134 (2016)151-181. Ese trabajo ofrece el fundamento teológico a la reflexión que llevamos a cabo en el presente.

duda de que esta indiferencia a la apertura espiritual de los niños y a la acción preveniente del Espíritu marca de extrensicismo la propuesta catequética actual y explica el abandono mayoritario por parte de los adolescentes cuando concluyen el proceso iniciático marcado por las comunidades cristianas.

2. Elementos que fundamentan la vida espiritual de los niños y adolescentes

Como hemos visto al inicio de nuestra exposición, los niños ocupan un lugar destacado en la economía cristiana. Para Jesús, lejos de ser un impedimento, la infancia porta consigo una condición que la hace especialmente receptiva al reino de Dios. En el presente apartado vamos a tratar de entender cuál es esa condición. Nuestra reflexión se va a desarrollar en dos tiempos. En un primer momento esbozaremos el fundamento teológico que está en la base de la preferencia que Jesús tiene por los niños; después mostraremos cómo algunos estudios psicológicos y pedagógicos actuales refrendan esta posición.

*a. Fundamento teológico: la condición espiritual de la infancia*¹¹

Para Jesús, el niño reúne las condiciones necesarias para entrar en el reino de Dios (cf. *Mc* 10, 14-15). Es decir, el niño tiene algo que le facilita la acogida del don que Dios quiere hacer de sí mismo y ese algo debe ser adquirido por todos aquellos que quieran entrar en el Reino que Dios ha dispuesto. Ahondemos en esta afirmación. Jesús supone que el niño nace con una capacidad innata que le facilita el contacto con Dios. De algún modo lo manifiesta cuando afirma que «los ángeles (de estos pequeños) están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial» (*Mt* 18, 10). Jesús también supone que cuando el ser humano va creciendo pierde esa capacidad, de tal modo, que si el hombre quiere entrar en el reino de Dios ha de recuperarla de nuevo. Esta condición es tan radical que Jesús habla de «nacer de nuevo»: «el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios» (*Jn* 3, 3). Este nacer de nuevo implica dos cosas:

¹¹ Sobre este punto cf. H. U. von Balthasar, *Si no os hacéis como este Niño* (Fundación San Juan, Rafaela Provincia de Santa Fe, República Argentina 2006); K. Rahner, «Pensamientos para una teología de la infancia»: *Selecciones de Teología* vol. 3, n° 10 (1964), pp. 142-148 (tradujo y condensó: Victor Codina del original: «Gedanken zu einer Theologie der Kindheit»: *Geist und Leben* 36 (1963) 104-114. También M^a E. Gómez Sierra, «Apertura religiosa y la imagen de Dios en las diferentes edades»: *Teología y Catequesis* 134 (2016), pp. 183-211.

- En primer lugar supone acoger a los niños: «el que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí» (Mt 18, 5a). La persona se hace niño acogiendo a los niños; pero ese acoger a los niños en nombre de Jesús supone acoger al mismo Jesús, el cual porta un misterio indescifrable que solo Él puede revelar: «el que me acoge a mí no me acoge a mí, sino al que me ha enviado» (Mt 18, 5b). La persona que quiere entrar en el Reino debe hacerse niño poniéndose a su nivel y acogiéndolos como verdaderos mediadores y representantes de Jesús, quien es en verdad el «Niño-Hijo de Dios»¹².
- Esta actitud es presentada por Jesús con tal radicalidad que junto a la acogida e identificación con Él –el verdadero Niño-Hijo de Dios–, es preciso nacer de nuevo para poder devenir también niño-hijo de Dios. En efecto, el discípulo de Jesús debe nacer de Dios (cf. Jn 1, 13); esto es, debe nacer del agua y del Espíritu (cf. Jn 3, 5). Solo por este nuevo nacimiento se puede recuperar la condición necesaria que permite entrar en el reino de Dios¹³.

En este punto es preciso dar respuesta a una cuestión capital: ¿cuál es el núcleo esencial de esa condición que dispone al niño, y a todo aquel que se asemeja a él, a la acogida del reino de Dios?¹⁴. Pasamos a caracterizar ese núcleo a partir de la enumeración de algunos elementos:

- *La dependencia del niño*. El niño depende en todo de su madre, su menesterosidad es la condición de su permanente receptividad. Esta vivencia que en la edad más temprana es más sentida que consciente, manifiesta de un modo extraordinario el carácter creatural de todo ser humano. El niño, de un modo original, en una beatitud originaria, descansa en Dios creador y por pura gracia, bajo la mediación paterna, se recibe permanentemente de él¹⁵.

12 Cf. BALTHASAR, pp. 37-51.

13 Cf. *Ibid.*, pp. 51-62.

14 Cf. BALTHASAR, pp. 19-25. Nuestra exposición quiere manifestar el alcance que tiene la siguiente afirmación de Rahner: «La infancia misma tiene una inmediata relación con Dios, limita con el Dios absoluto, no solo a través de las otras edades, sino por sí misma. Puede ser que la peculiaridad de la infancia se nos escape a nosotros y que desaparezca de nuestra vista. Pero la realidad es muy otra. La infancia no es solo preludio, sino algo irrepitible que descansa sobre sí» (Rahner, p. 144).

15 «Los modos de ser del niño –sepultados ya para los adultos– muestran y miran hacia una zona originaria en la que todo acontece hacia lo correcto, lo verdadero y lo bueno, en un estado de protección escondida que no se puede devaluar como pre-ética o inconsciente (como si el espíritu infantil no se hubiera despertado aún, como si estuviera, tal vez, en un nivel todavía animal, en el que el niño nunca existe, tampoco en el seno de la madre), sino que manifiesta en realidad una esfera del originario ser sano e íntegro, e incluso –dado que el niño no puede primero distinguir entre el amor de los padres y el amor de Dios– contiene un momento de santidad» (BALTHASAR, pp.14-15).

- *La acogida del amor que le abre su autoconciencia e identidad.* Los padres, especialmente la madre, aman al niño y de este modo reconocen su persona: su singularidad y valía. Y el niño al contemplar el rostro personal que le ama y al recibir dicho amor despierta su autoconciencia y se abre a su propia singularidad. El niño vivencia que lo esencial de la vida es el amor («Dios es Amor», 1 Jn 4, 8) y que este, lejos de ser algo amenazante, es la verdadera condición para poder ser. El niño imprime en sus entrañas que la relación de amor no está en oposición con la identidad, antes bien es su condición. Cuando el niño descubra que tras el amor de sus padres se dibuja una Presencia amorosa, lejos de sentir temor sentirá una profunda atracción hacia ella. Su persona e identidad estará en juego en el amor.
- *La sorpresa de todo cuanto existe.* La autoconciencia del niño le abre con sorpresa a todo cuanto le rodea. Bajo el cuidado y la protección de los padres, el niño explora el mundo y de este modo, poco a poco, va ocupando su espacio y va reconociendo su lugar en la existencia. La sorpresa es lo que articula y estimula esa exploración. La existencia de las cosas y la bondad con la que están investidas en virtud de la mirada positiva de los padres es lo que dispone al niño a abrirse y a explorar con confianza la realidad misteriosa que se abre ante él. El Misterio divino –transcendente a la vez que inmanente– está detrás de todo, los padres lo nombran con reverencia: Dios, y por el cuidado que prodigan al niño este descubre su carácter providente. El niño no tiene ningún prejuicio sobre el Misterio que late en lo misterioso de la vida, no lo niega, se deja atraer por Él y aprende a decir su nombre con sencillez. El conocimiento de su nombre abre a la relación y en esta relación el niño va encontrando su lugar en el mundo.
- *La vida como vocación.* El niño aunque niño ya es un hombre¹⁶ y, aunque germinalmente, ya posee todo lo necesario para poder ir adelante y cumplir su vocación. Sostenido por su entorno, el impulso hacia el desarrollo impera en su vida: el niño está siempre

16 «El niño es un hombre, y posee por tanto aquella dignidad y aquel misterio profundo que se encierra en la palabra hombre [...] El niño viene de Dios y [porque] su historia a pesar de estar enlazada con el cosmos y la vida del universo tiene una relación inmediata con Dios, su creador [...] El niño es un hombre, que siempre es un sujeto con el cual Dios dialoga y trata» (Rahner, p.144; también p.146). Desde otra perspectiva: «El niño no es una persona potencial, ni una promesa de persona; tampoco es un mero proyecto hacia algo que todavía no es. Es una persona en plenitud y, en cuanto tal, está llamada a hacer de su vida un proyecto personal, único, libre e irrepetible, a vivir la aventura de existir en primera persona del singular, pero en él ya están todas las inteligencias en acción» (F. Torralba Roselló, *Inteligencia espiritual en los niños* Plataforma editorial, Barcelona 2015, p. 27).

convocado a un más allá, hacia un futuro que aunque le atrae depende de su libertad. Dios que está en el origen y se revela como amor y providencia, por la mediación de los familiares y amigos, es el que activa esa llamada para que el niño se proyecte hacia ese futuro que se revela secreto a la vez que atrayente. El Misterio del amor le espera. El niño está convocado y atraído por Él; tiene en sí mismo y en este amor que le envuelve el impulso para crecer y para abrir su libertad.

En resumen, el niño desde su más tierna infancia porta la imagen y semejanza de Dios y por tanto puede iniciar y desarrollar una relación personal con su Creador, eso sí, al modo de niño. No obstante, esta relación con Dios es tal en la condición de niño, que no solo se puede calificar de original (primera y propia), sino también originante (fundamento de la posterior). Aquí radica la importancia capital e irrenunciable de despertar cristianamente a los niños. En la medida en que los niños y adolescentes establezcan una verdadera relación con Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, esa relación será referente y condición para la relación que la persona mantendrá con Dios el resto de su vida¹⁷.

No queremos, sin embargo, ofrecer una visión rousseauiana de la infancia. No ignoramos que todos los hombres nacemos con la herida del pecado original y que, por tanto, desde la muy temprana infancia, los niños se resisten al don del amor, se afirman en su identidad frente a los otros y tratan de poseer egoístamente todo cuanto se les ofrece y quebrar el misterio que les cerca. También sabemos que, dependientes de los adultos y del contexto social y educativo que les envuelven, la relación especial que los niños mantienen con Dios está también originariamente amenazada. La vida espiritual y la relación religiosa corren permanentemente el riesgo de verse desvirtuadas y rotas: es el poder del pecado.

Este es un peligro real. Los padres no son Dios, ellos portan sus limitaciones y pecados. Tampoco la realidad natural e histórica transparente siempre la presencia divina, muchas veces más bien la oculta. El niño nace bajo la luz y protección de la gracia divina, pero también, como decimos, bajo la oscuridad y amenaza de un mundo en donde

17 «La infancia permanece. Como tiempo dado y confirmado, libremente asumido y construido, nunca es tiempo pasado desaparecido. La infancia es tiempo permanente y momento interno y constitutivo de la plenitud del ser, del existente humano, plenitud que llamamos eternidad del hombre salvado y redimido. No perdemos la infancia dejándola detrás de nosotros, sino que vamos hacia su encuentro como hacia lo realizado y salvado en el tiempo» (Rahner, p.143).

reina el poder del mal¹⁸. Al principio, a través de la mediación de sus padres, el niño vive su dependencia originaria de Dios de un modo intuitivo; pero ante la limitación y el pecado de estos y de su mundo, pertrechado por una conciencia que se va desarrollando poco a poco y el ejercicio de una libertad permanentemente estimulada, el niño debe distinguir lo que procede de Dios y Dios mismo, de aquello que no puede venir de su Creador y le separa de Él, y optar por dar cumplimiento a la vocación divina que late en lo más profundo de su ser.

En este punto, es donde el despertar cristiano y la educación de la fe tienen una importancia capital. La intervención eclesial debe partir de la experiencia espiritual originaria de los niños para que a la luz de Jesucristo (el Niño divino-humano) puedan verdaderamente comprenderla y hacerla suya. Aquí es determinante el apoyo de la gracia de la Palabra divina y de la celebración de los sacramentos, condición para poder cumplir en ellos la relación filial que Jesús mantiene con su Padre Dios. En esta labor es determinante que concurren, cada una a su modo, la acción educativa originaria de los padres, la labor iniciática de la parroquia y la actividad escolar del colegio¹⁹.

b. Fundamento psicológico-educativo: la reivindicación de la capacidad espiritual de los niños

Nuestra sociedad está marcada por una cultura secularista y laicista que margina el hecho religioso. Así es, a partir de una mentalidad científico-técnica en la que prima la razón instrumental, nuestro mundo ha sufrido un proceso de *desencantamiento* que ha llevado a que Dios y todo el universo que ese nombre implica haya sido marginado cuando no negado. Por otro lado, la globalización ha propiciado el fenómeno del multiculturalismo y del pluralismo religioso. En respuesta a este fenómeno y apoyado en una visión secularista del mundo, los estados van imponiendo una visión laicista de la vida, la cual lleva a recluir lo religioso en el ámbito de lo privado y negar su influencia en el ámbito público²⁰.

– La reivindicación de la inteligencia espiritual

18 «Pero quien escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí...’ (Mt 18,6). Implícitamente estas palabras también nos muestran cuán íntimamente amenazado está el mundo originariamente sano e íntegro de los niños» (BALTHASAR, p.27).

19 Cf. Conferencia Episcopal Española (XCVII Asamblea Plenaria), Orientaciones pastorales para la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe (25-II-2013).

20 Sobre este punto, un análisis detallado J. M^a PRADES LÓPEZ, *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en la sociedad plural* (BAC, Madrid 2015) pp. 3-32, con abundante bibliografía.

No obstante, a pesar de lo dicho, en los últimos tiempos se está constatando un fenómeno nuevo: el retorno de lo religioso²¹. En efecto, el afán de sentido que posee el ser humano y la atracción que sobre él ejerce el Misterio divino no pueden ser reprimidos. El hombre no puede dejar de dar alguna respuesta al misterio que él es y al Misterio que le envuelve. En este marco es donde hay que situar el interés que en los últimos años ha suscitado la llamada *inteligencia espiritual*²². Es un modo de manifestar que, más allá de toda deriva laicista, el ser humano no puede dejar de definirse ante los interrogantes esenciales que le constituyen y el Misterio absoluto que le alcanza y provoca en todo cuanto existe.

El punto de arranque la llamada inteligencia espiritual está en «la teoría de las inteligencias múltiples» de Howard Gardner. Este psicólogo estadounidense se empleó en identificar diversas formas de inteligencia (todas integradas, todas interdependientes, ninguna autosuficiente), que en su conjunto capacitan al hombre para hacerse cargo de la realidad: inteligencia lingüística, inteligencia musical, inteligencia lógico-matemática, inteligencia corporal y cinestésica; inteligencia espacial y visual, inteligencia intrapersonal, inteligencia interpersonal, inteligencia naturista²³. A este elenco de inteligencias se añadieron posteriormente otras. En la década de los ochenta, D. Goleman promovió la llamada «inteligencia emocional» que tanta repercusiones ha tenido en la reflexión y práctica educativa de los últimos años y que, de algún modo, articula desde las emociones las inteligencias intrapersonal e interpersonal²⁴. Y al inicio del siglo XXI, el propio Gardner junto

21 A nadie se le oculta el retorno, en los últimos años, de «lo religioso». Este rebrote de lo sagrado tiene poco que ver con las religiones tradicionales. La nueva religiosidad, si es que todavía se le puede llamar así, prefiere hablar de espiritualidad, porque, en primera instancia, la vuelta a «lo misterioso de la vida» ya no se concibe ni en referencia a una divinidad ni mucho menos a una institución. Este es el contexto que debemos tener en cuenta para todo lo que sigue. Para acercarse a este fenómeno cf. J. M. GARCÍA, *Experiencia cristiana mística y contemporaneidad: Teología y Catequesis* 132 (2015) 13-36; M. A. MEDINA ESCUDERO, *Retorno de lo religioso. Nuevas imágenes de lo divino: Teología y Catequesis* 134 (2016) pp.69-96, ambos artículos con abundante bibliografía.

22 Recogemos aquí algunos elementos bibliográficos: T. HART, *El mundo espiritual secreto de los niños* (Editorial La Llave, Vitoria- Gasteiz 2006); J.L. VAZQUEZ BORAU, *La inteligencia espiritual o el sentido de lo sagrado* (DDB, Bilbao 2010); F. TORRALBA ROSELLÓ, *Inteligencia espiritual* (Plataforma editorial, Barcelona 2010); Id., *Ah, ¿Sí? Cómo hablar de Dios a los niños* (Claret editorial, Barcelona 2011); Id., *Inteligencia espiritual de los niños* (Plataforma editorial, Barcelona 2015); M.J. FIGUEROA ÍÑIGUEZ, *La formación espiritual y religiosa durante los primeros años* (PPC, Madrid 2012); E. MARTÍNEZ LOZANO, *Vida en plenitud. Apuntes para una espiritualidad transreligiosa* (PPC, Madrid 2013); R. COLES, *La vita spirituale dei bambini* (Castelvecchi, Roma 2013); LAIA MONSERRAT SAN JUAN, *Espiritualidad natural: la educación espiritual de los niños. Ideas para padres y maestros* (Kairós, Barcelona 2014); E. RODRÍGUEZ ADROVER, *La inteligencia espiritual y la catequesis* (PPC, Madrid 2016); H. ESTEVE, et al., *Estar en la escuela. Pedagogía e interioridad* (PPC, Madrid 2016).

23 Cf. H. GARDNER, *La teoría de las inteligencias múltiples* (Fondo de Cultura Económica, México 1987); esta teoría ha vuelto a ser sintetizada por el autor en: *Inteligencias múltiples: la teoría en la práctica* (Paidós Ibérica, Barcelona 2011). Para una exposición sintética cf. TORRALBA, *Inteligencia espiritual*, pp. 27-42.

24 Cf. D. GOLEMAN, *La inteligencia emocional* (Kairós, Barcelona 1996).

con otros autores buscaron identificar la que podría llamarse «inteligencia espiritual, existencial o trascendente»²⁵.

¿A qué se llama inteligencia espiritual? Los autores que estudian la inteligencia espiritual están de acuerdo en subrayar la dificultad que existe en ofrecer una definición cerrada, cada cual ofrece una desde la perspectiva de su estudio. Por nuestra parte, proponemos una definición descriptiva que trata de integrar algunos elementos que se encuentran dispersos en otras definiciones²⁶. La inteligencia espiritual es la *capacidad intuitivo-racional* que tiene el ser humano para *situarse* ante la realidad como totalidad y *cuestionarse el sentido último* de las cosas hasta el punto de *transcenderlas y abrirse* a su fundamento. La inteligencia espiritual capacita al ser humano para *confrontarse con el Misterio Fontal* que todo lo envuelve y ante el que el propio sujeto *siente el imperativo de dar una respuesta* que implica todo su ser. Pasamos a decir una palabra sobre cada uno de los elementos que integran esta definición:

- *Capacidad*. La inteligencia es una capacidad que abre a un orden de experiencias a las cuales los sujetos no tendrían acceso por otras capacidades. En la unidad del individuo, esta capacidad está en íntima relación con otras capacidades de la intelección y, al igual que estas, necesita ser despertada y estimulada para que pueda desarrollar sus aptitudes.
- *Capacidad intuitivo-racional*. Esta capacidad es de orden intuitivo racional. A través de ella el sujeto se confronta con la realidad en cuanto totalidad y, en un proceso de penetración que combina la espontaneidad y la comprensión racional, le permite ir más allá de lo que se le ofrece por los sentidos hasta interrogarse por sus fundamentos.
- *Capacidad que cuestiona el sentido último de la realidad*. Más allá de las respuestas inmediatas de orden operativo, la inteligencia espiritual capacita al ser humano a preguntarse por el sentido último de las cosas, ese sentido en el que el propio sujeto se halla implicado y por el que es urgido a encontrar una respuesta que de alguna manera le trasciende.

25 Cf. H. GARDNER, *La inteligencia reformulada: Las inteligencias múltiples para el siglo XXI* (Paidós Ibérica, Barcelona 2010). Para la relación de autores que exploran esta inteligencia, cf. TORRALBA, *Inteligencia espiritual*, pp. 43-52.

26 Para nuestra definición tomamos algunas de las referencias que aportan Torralba, *Inteligencia espiritual*, pp. 43-77; Id., *Inteligencia espiritual de los niños*, pp. 43-52; RODRÍGUEZ ADROVER, *La inteligencia espiritual y la catequesis*, pp. 20-21.

- *Capacidad que lleva al sujeto a confrontarse con el Misterio Fontal.* La inteligencia espiritual, en ese dinamismo de apertura y trascendencia que le es propio, confronta al sujeto con el Fundamento que subyace y sostiene todo cuanto existe. Ella permite acceder a ese Fundamento y reconocerlo como la verdadera Realidad, más misteriosa cuanto más se le ofrece al sujeto como algo evidente al tiempo que inaprensible y suscita en él sentimientos ambivalentes de atracción y de temor.
- *Capacidad que implica una respuesta del sujeto.* La confrontación con el Misterio Fontal, al implicar al propio sujeto y producir en él esos sentimientos ambivalentes, supone una incitación a definirse ante él. En efecto, cuando el sujeto descubre, más o menos conscientemente, su enraizamiento en ese Misterio que le sustenta al tiempo que le excede, siente en sí mismo el impulso de tomar una decisión para participar de su plenitud. Esta decisión es tal, que el sujeto toma conciencia de que en ella pone en juego el discurrir de su vida y aún su destino.

En resumen. Es un hecho que todo ser humano porta unos deseos y necesidades existenciales que trascienden el discurrir ordinario de la vida y que en su conciencia surgen algunas cuestiones difíciles de responder desde una racionalidad meramente positiva. La pervivencia que esos deseos, que trascienden las satisfacciones inmediatas que depara la vida, y el alcance que esas cuestiones tienen para la felicidad, manifiestan que el hombre es un ser espiritual²⁷. Su capacidad espiritual es la que le incita a ir más allá de sí mismo y a plantearse interrogantes que trascienden cualquier evidencia; pero, justamente, esa misma capacidad es la que genera las disposiciones necesarias para buscar y, si llega el caso, hallar las respuestas. Ignorar esta capacidad y no poner los medios para promoverla supone dejar al sujeto enclaustrado en sí mismo y no favorecer las condiciones para que se pueda desarrollar integralmente. La infancia y la adolescencia es la etapa privilegiada de la vida en donde esta capacidad encuentra su mejor disposición no solo para ser despertada, sino para aportar unas vivencias fundamentales para la posterior configuración de la experiencia religiosa de los sujetos.

- Los niños no solo nacen con la capacidad espiritual, sino que ya poseen vivencias espirituales

Más arriba hemos indicado el fundamento teológico de esta afirmación. Con K. Rahner hemos visto que la infancia, por ella misma, tiene

27 Cf. TORRALBA, *Inteligencia espiritual*, pp. 17-18.

una relación inmediata con Dios²⁸. Y de la mano de von Balthasar hemos analizado cómo los modos de ser del niño tienen una entidad propia que la hacen muy especial porque, bajo la protección materna, apuntan hacia una zona originaria de unidad en la distinción (Creador-criatura) que trasciende la mera experiencia religiosa por ser la misma condición de la misma: el ser creatural del hombre se evidencia en el niño²⁹. Esto es lo que hace que la infancia tenga un carácter original (primero) y que la experiencia espiritual de los niños y adolescentes tengan un carácter originante (fundamento) para el resto de las edades. Nuevamente, en palabras de Rahner: «no perdemos la infancia dejándola detrás de nosotros, sino que vamos hacia su encuentro como hacia lo realizado y salvado en el tiempo»³⁰.

A la luz de estas afirmaciones es preciso indicar que la capacidad espiritual que se atribuye a todo ser humano hay que decirlo antes de nada de los niños. Nuestra afirmación tiene mayor alcance de lo que parece. No solo estamos diciendo que todo hombre desde el instante de su nacimiento posee esa capacidad, decimos que los niños, por el hecho de serlo, tienen una especial sensibilidad espiritual que conviene reconocer, acoger, cultivar y desarrollar y esto hacerlo desde el propio acontecimiento cristiano. Nuestra aserción no solo halla apoyo en los planteamientos teológicos expuestos, también lo encuentra en algunos estudios psicológicos recientes los cuales manifiestan que los niños, desde muy temprana edad, poseen vivencias espirituales muy vigorosas³¹. Estas vivencias, como todas, necesitan de una interpretación. Aquí es capital el papel de los padres. No obstante, como la mayoría de las veces, los niños no hallan en los progenitores dicha interpretación, ni tan siquiera el refrendo necesario para explorar estas vivencias, estas se van perdiendo en su memoria en la medida en que avanzan en la edad.

A poco que hagamos memoria de nuestra infancia, cada uno de nosotros recordará vivencias espirituales que nos llevaban más allá de la realidad inmediata, esa que perciben los sentidos³². Vivencias

28 Cf. RAHNER, p. 144.

29 Cf. BALTHASAR, p. 14.

30 RAHNER, p. 143.

31 Cf. T. HART, *El mundo espiritual secreto de los niños* (Ediciones La Lave, Barcelona 22013). Tobin Hart es psicólogo y profesor de psicología en la State University of West Georgia. Es un experto internacionalmente reconocido en el campo de las relaciones entre espiritualidad, psicología y educación, así como en la investigación del aprendizaje infantil. Esta obra recoge una abundante bibliografía en lengua inglesa. También L. MONSERRAT, *Espiritualidad natural. La educación espiritual de los niños* (Ed. Kairós, Barcelona 2014) 11-21.

32 «Los niños viven en un mundo espiritual secreto y poseen capacidades y experiencias espirituales, momentos profundos que modelan su vida de manera indeleble. Estas experiencias sobrecogedoras –y, con frecuencia, amorosas– evidencian la existencia de un importante dominio espiritual que, hasta la fecha, nos ha pasado inadvertido. Estas experiencias –que van del asombro al encuentro con la sabiduría

espontáneas, poco atendidas por los mayores, que para nosotros, los niños, componían un mundo real. Estas vivencias, de algún modo, nos confrontaban con el carácter sorprendente y misterioso (por inabarcable) de la vida. Eran inmotivadas, muchas veces nos sobrevinían sin buscarlas, y discretas, sin demasiados «efectos especiales»; pero eran capaces de ayudarnos a comprender el mundo que se nos abría ante nosotros y nos estimulaban a situarnos ante él. En estas vivencias se nos manifestaba que algo indisponible, siempre antecedente, se nos ofrecía y nosotros no teníamos más que recibirlo, para lo cual, ante la falta de un aparato interpretativo, aplicábamos nuestra imaginación, la única a nuestro alcance capaz de responder a eso que era real y necesitaba ser integrado para integrarlo en nuestro mundo.

Como venimos diciendo, este es un punto determinante. Las vivencias necesitan ser interpretadas. Es la única manera que tiene alguien para hacer de esas vivencias experiencia propia, es decir, comprenderlas, integrarlas en la propia biografía y que puedan dar fruto³³. Referido a los niños esto exige dos anotaciones:

- Ante la falta de un aparato interpretativo, los niños emplean su imaginación para establecer conexiones entre lo que viven y el mundo que les rodea, para explicarse y explicar lo que les está sucediendo. La imaginación no es la fantasía. El niño trabaja con su imaginación para, a través de su lenguaje y mundo simbólico, interpretar aquello que de algún modo irrumpe en su vida y él necesita y desea hacerse cargo³⁴.
- En este sentido, los primeros responsables de ofrecer las claves interpretativas son los padres. Ellos son los que permiten a sus hijos explorar el mundo, nombrarlo (que es un modo de comprenderlo) y hacerlo propio. El problema es que la mayoría de las veces, ante las vivencias espirituales de los hijos, los padres no saben

interior, desde la formulación de las grades preguntas sobre la vida a la expresión de la compasión e incluso a la búsqueda bajo la superficie de las apariencias– constituyen, en suma, los cimientos sobre los que se asienta nuestra vida como seres espirituales en este planeta» (*Ibid.*, 19).

33 J. GEVAERT, *La dimensión experiencial de la catequesis* (CCS, Madrid 1985) 103-105; E. ALBERICH, *Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental* (CCS, Madrid 22009) 115-117.

34 El libro de Hart recoge testimonios de cómo los niños interpretan sus vivencias espirituales dialogando con personas fallecidas (p. 44-47), delfines (p. 59-63), ángeles (p. 65-66), espíritus (p. 66-68)... El autor advierte que estas «historias espectaculares» tienen como principal valor «el recordarnos que también debemos prestar atención a los impulsos espirituales, de naturaleza más sutil, de nuestros hijos. El encuentro con la divinidad, el acceso a la sabiduría y el asombro, no esperan a que hayamos concluido los estudios universitarios o comprado un automóvil, sino que puede ser vivido desde la infancia y convertirse en el punto focal de nuestra vida» (Hart, p. 37).

cómo interpretarlas. Simplemente las ignoran o las arrinconan calificándolas de «cosas de niños»³⁵.

En resumen, la condición para que exista una verdadera experiencia espiritual es que las vivencias de este tipo sean configuradas como tales por una interpretación de índole espiritual. La interpretación, como hemos dicho, es el único modo humano de hacerse cargo de las vivencias, de comprenderlas y de incorporarlas a la propia vida. No se puede pretender ser neutro ante las vivencias espirituales de los niños. Abstenerse de prestar una interpretación religiosa, y más en concreto cristiana, a esas vivencias en aras de respetar su libertad o bien no toma en serio dichas vivencias, las cuales siempre reclaman algún tipo de explicación, o bien supone una pobre valoración de la fe cristiana que no termina de ser considerada digna de ser propuesta.

II. LOS NIÑOS ANTE LA PROPUESTA CRISTIANA

1. Aportación y problemática de la promoción de la inteligencia espiritual. Apunte de aclaración

La reivindicación de la inteligencia espiritual es una gran aportación a la hora de legitimar en la esfera pública una dimensión humana habitualmente ignorada: la espiritualidad. En efecto, dada la orientación secularista y laicista de nuestro contexto socio-cultural, condicionado además por una visión materialista de la vida, supone una gran novedad el esfuerzo por afirmar la capacidad espiritual del hombre y la posibilidad que tiene de poder acceder a un ámbito de realidad trascendente del que depende el sentido de su vida y se juega su felicidad. El argumento final de los autores, en este caso de F. Torralba, gran promotor de la inteligencia espiritual en el ámbito hispano, es que la dimensión espiritual, en cuanto capacidad y exigencia por parte del propio hombre, se reivindica por sí misma, con independencia de su posterior configuración religiosa o referencia a cualquier credo³⁶. En su

35 Los niños exploran el mundo bajo la mirada de los padres, en las palabras y gestos de sus progenitores, muchas veces inconscientes encuentran el refrendo o no para atravesar las puertas que le conducen al conocimiento tanto de la realidad externa como interna. Si los padres no comprenden las vivencias espirituales que viven sus hijos, entonces poco a poco irán cerrando su percepción y conveniente interpretación. «El fracaso de padres –y profesores– a la hora de dar una respuesta positiva que garantice la validez de las experiencias del niño, obliga al cerebro de este a desechar esos fenómenos en beneficio de la interpretación sostenida por los adultos» cf. J. CHILTON PEARCE, «Prólogo», en: Hart, pp. 14-18.

36 «Todo ser humano, por el hecho de serlo, es capaz de vida espiritual, de cultivarla dentro y fuera del marco de las religiones. En virtud de su inteligencia espiritual, necesita da un sentido a su existencia y al

opinión, esta independencia confesional supone la condición para que de un modo imperativo el fenómeno espiritual sea reconocido y promovido en la esfera pública, aun entendida esta desde una perspectiva meramente laica (aconfesional)³⁷.

Con este objetivo, los autores distinguen, *grosso modo*, tres estadios de desarrollo de la capacidad espiritual: la espiritualidad, la religiosidad y la confesionalidad³⁸:

- *La espiritualidad*: supone el ejercicio y el desarrollo de la capacidad espiritual por la que el sujeto toma conciencia de la realidad (el mundo, los otros y él mismo), se interroga por el sentido de las cosas y trata de dar una respuesta personal de acuerdo con el misterio que vislumbra.
- *La religiosidad*: supone el reconocimiento del Misterio como una realidad Otra, Superior, distinta del yo, de lo cual deriva, en un acto de adhesión, una relación personal en aras de lograr la felicidad en esta vida y al final la salvación.
- *La confesionalidad*: es la espiritualidad religiosa modelada por una comunidad de creyentes, la cual, a través de un conjunto de doctrinas, símbolos, preceptos y ritos, testimonia una tradición espiritual en la cual se otorga un determinado rostro al Misterio y se configura la relación con él. El objetivo es que los nuevos miembros conformen su propia experiencia espiritual desde esa referencia.

No cabe duda de que este modo de plantear el fenómeno espiritual tiene fuerza argumental y resulta sugestivo a la hora de defender su cabida en el ámbito público, allí donde impera una percepción secular y laica de las cosas. No obstante, planteado en un ámbito confesional cristiano (la familia cristiana, la parroquia, la escuela católica...) corre el peligro de articular unos itinerarios pedagógicos que no solo pospo-

mundo en el que vive, experimenta su existencia como problemática y necesita pensar qué tiene que hacer con ella» (Torralba, *Inteligencia espiritual*, p.59)

37 Cf. *Ibid.*, pp. 65-67; TORRALBA, *Inteligencia espiritual en los niños*, 79-88. «Parto de la idea de que la espiritualidad debe tener algún lugar en la escuela laica, porque si el objetivo de ésta es la educación integral del ser humano, de todas su facetas, dimensiones y esferas –cognitiva, física, social y espiritual– tal esfera no puede olvidarse» (*Ibid.*, p. 84; también p. 57).

38 Seguimos aquí la distinción de TORRALBA, *Inteligencia espiritual en los niños*, pp. 53-63. Otros autores, sobre la misma base, hacen otras divisiones. Así, por ejemplo, en el ámbito escolar la propuesta del Departamento Pedagógico Pastoral de Escuelas Católicas de Madrid distingue cuatro tipos de competencias: competencia espiritual, competencia espiritual trascendente, competencia espiritual religiosa, competencia espiritual cristiana cf. «Reflexiones en torno a la competencia espiritual»: *Religión y Escuela* 227 (Febrero 2009) pp. 22-28.

nen innecesariamente la propuesta cristiana, sino que, en cierto modo, desconocen su novedad. Dado que este peligro es real pasamos a analizar brevemente el tema.

En realidad, en el planteamiento anterior, se mezclan diversos planos de argumentación que generan confusión. Los enumeramos:

- *Plano cultural.* Por un lado, como decimos, la distinción de los tres estadios parece resultar conveniente para justificar en una sociedad secularista y laicista la cabida y promoción de la dimensión espiritual en el ámbito público, en concreto, en la escuela de promoción estatal.
- *Plano analítico.* Por otro, en todo análisis y descripción de un fenómeno humano conviene distinguir para comprender. Aquí la luz de la razón trata de penetrar en un fenómeno complejo cuando distingue la espiritualidad de la religiosidad y ambas de la confesionalidad. Sin embargo, esta distinción nunca puede romper el dinamismo unitario que todo hecho humano tiene.
- *Plano sociológico.* Este planteamiento, además, se apoya en la constatación de una realidad sociológica: existen personas que desarrollan una espiritualidad sin religión y otras que tienen una relación trascendente sin confesión particular. También son consideradas aquellas que participan de una confesión religiosa sin que por ello lleguen a tener una verdadera experiencia espiritual. Esta valoración no está exenta de prejuicios³⁹.
- *Plano genético.* A partir de las concepciones anteriores que responden a unas lógicas particulares (lógica cultural, lógica racional, lógica sociológica) y sin mayores correctivos, y aquí empieza la dificultad, se pasa a concebir el desarrollo espiritual como un proceso genético por el cual las etapas posteriores suponen e integran las anteriores, las cuales, a su vez, se constituyen en criterio de verificación de la autenticidad de las subsiguientes⁴⁰.

39 Baste como botón de muestra de este prejuicio la siguiente afirmación de alguien que promueve el fenómeno de la nueva espiritualidad; dicha afirmación bascula entre la constatación y el prejuicio: «Hay personas que basan su espiritualidad en creencias, olvidando o dando poco valor en ocasiones, a la experiencia espiritual. Sin embargo, está demostrado que cuando la espiritualidad está principalmente basada en vivencias más que en creencias, la persona es emocionalmente y psicológicamente más fuerte y está capacitada para soportar mejor los vaivenes de la vida» (Monserrat, 25).

40 Este proceso genético, de algún modo, expresa su justificación en la teoría de los círculos concéntricos. «El primero, de carácter universal, es el de la espiritualidad. Todo ser humano tiene potencia para desarrollarla de un modo inteligente. El segundo círculo es el de la religiosidad, que incluye a los seres humanos que viven su existencia en relación con la Realidad fundamental, a la que denominan de distintos modos en función del contexto y de la tradición histórica [...] Finalmente, existe el último círculo, que es

- Plano pedagógico. Tras la definición genética del desarrollo espiritual y religioso se crea un dispositivo pedagógico en el que a modo de compartimentos estancos y de manera sucesiva se trabaja sobre cada uno de los estadios de manera que el sujeto no vea coaccionada su libertad y pueda elegir en donde quedarse. Existe el prejuicio de que el acceso a los estadios posteriores sin haber cumplimentado los anteriores supone un adoctrinamiento que no termina de respetar tanto la libertad del sujeto como el carácter de la experiencia espiritual que siempre es algo personal e íntimo⁴¹.

En resumen, el planteamiento pedagógico que deriva de la teoría de los tres estadios aplicado al desarrollo de la capacidad espiritual de los niños y adolescente no hace justicia al hecho cristiano ni a su capacidad educadora y salvífica del mismo. Supone una serie de prejuicios que paralizan la propuesta cristiana en los mismos ámbitos confesionales que, justamente, tienen su razón de ser en el servicio a la misma.

2. La novedad del acontecimiento cristiano

¿Cuáles son esos prejuicios? Resulta necesario detectarlos para desactivarlos, máxime cuando no solo paraliza la actividad educativo-evangelizadora con los niños y adolescentes, sino porque además trae consigo una visión desnaturalizada del cristianismo. En nuestra opinión, podemos hablar de tres prejuicios:

- En primer lugar, *se desconoce el poder humanizador del cristianismo*. Se considera que el hombre debe humanizarse de un modo autónomo y que solo cuando el proceso humanizador está en marcha, de modo subsiguiente, halla sentido e integración la propuesta cristiana⁴². Esta visión de las cosas adolece de un cierto pelagianismo.

el de confesionalidad e indica la adhesión a una determinada comunidad religiosa» (TORRALBA, *Inteligencia espiritual en los niños*, pp. 60-61. En las páginas 62-63, el autor señala su deriva educativa).

41 La concepción genética de la dimensión religioso espiritual encuentra su correlato pedagógico en un proceso de competencias que a modo de matrioskas rusas unas se incluye en otras, partiendo de la más universal a la más particular: La más básica sería la competencia espiritual (despertar la inteligencia espiritual); después vendría la promoción de la competencia espiritual trascendente (por la que el sujeto sale de sí mismo); más tarde, se desarrollaría la competencia espiritual religiosa (por la que entraría en relación con el Misterio trascendente); y por último, se concretaría en la competencia espiritual religiosa cristiana (por la que la experiencia cristiana se configuraría a partir de la tradición cristiana), cf. Departamento Pedagógico Pastoral de Escuelas Católicas de Madrid, 25, pp. 27-28. Suscribe este mismo planteamiento y desde ahí configura su propuesta E. Rodríguez Adrover, *La inteligencia espiritual y la catequesis*, pp. 57-60.

42 «¿Humanizar antes de cristianizar? Si la tarea es un éxito, el cristianismo llegará demasiado tarde: el sitio estará ocupado. ¿Es que el cristianismo no tiene valor humanizador?» (H. de Lubac, *Paradojas seguidas de Nuevas Paradojas* (PPC, Madrid 1997) p. 43. Este punto lo hemos desarrollado en nuestro libro: *Pedagogía del primer anuncio* (PPC, Madrid 2012) pp. 23-28.

- Por otro lado, en un contexto pluralista, donde el valor de la tolerancia se mal comprende y se absolutiza, *la mera propuesta cristiana y su pretensión de verdad se contempla como un atentado para la libertad de los otros*. En realidad, se da una confusión entre propuesta e imposición y se ignora que la libertad de los sujetos crece en el ejercicio de la misma. Así es, una proposición siempre que se haga en razón y respetando la decisión del otro, aún en los estadios educativos iniciales, supone una incitación al ejercicio de la libertad: en todo ofrecimiento el sujeto es invitado a ponerse en juego y tomar una decisión⁴³.
- Y, por último, *el acontecimiento cristiano es considerado como un fenómeno religioso más*. Sencillamente, este modo de plantear el despertar cristiano y su educación desconoce la novedad que supone la persona de Jesucristo. Pasamos a decir una palabra sobre este aspecto capital.

No nos vamos a detener sobre este punto, sino que de la mano de la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* (nº 22) vamos a declarar en qué consiste la novedad de Jesucristo y cómo está en íntima referencia al misterio que afecta a todo hombre y ante el cual debe responder.

En la conciencia cristiana, Jesucristo no es un maestro espiritual más, aunque sea el más extraordinario e influyente. Tampoco se define por ser el fundador de una de tantas tradiciones religiosas, quizá la más extendida en el mundo. La fe cristiana confiesa que Jesucristo es el Verbo de Dios hecho carne (cf. *Jn* 1, 14), el Emmanuel, Dios-con-nosotros (cf. *Mt* 1, 23), revelador a un tiempo del misterio amoroso de Dios y del misterio del hombre⁴⁴. En efecto, Él revela en su persona que el misterio que envuelve la vida es un Misterio divino de paternidad y de amor y que a su luz el hombre se reconoce a sí mismo y descubre la grandeza de su vocación (cf. GS, n. 22a)⁴⁵.

43 «Me parece útil reafirmar que la Iglesia no impone, sino que propone libremente la fe católica, sabiendo bien que la conversión es el fruto misterioso de la acción del Espíritu Santo. La fe es don y obra de Dios. Precisamente por eso está prohibida cualquier forma de proselitismo que obligue, induzca o atraiga a alguien con medios inoportunos a abrazar la fe» (BENEDICTO XVI, *Discurso a los obispos de Asia central en visita Ad limina Apostolorum* (2.X.2008).

44 Resulta muy provechoso para este punto y para el tema, en general, la obra de G. URIBARRI BILBAO, *La mística de Jesús, Desafío y propuesta* (Sal Terrae, Santander 2017).

45 Al respecto recogemos el testimonio luminoso de uno de los más grandes teólogos católicos del siglo XX: K. RAHNER. El texto que citamos procede de una conferencia pronunciada poco antes de fallecer. En el punto en el que el autor se pregunta sobre el centro de la fe cristiana, responde: «Claro está que se puede afirmar, y con razón que ese centro es Jesús de Nazaret, el Crucificado y el Resucitado, por quien nosotros nos llamamos cristianos. Pero, aunque esto es verdad y resulta muy útil, hay que decir además por qué y cómo ese Jesús es aquel y sólo aquel de quien uno puede fiarse en la vida y en la muerte. ¿qué es lo que habrá que responder a esta pregunta acerca del

En realidad, solo en relación con Jesucristo radica la posibilidad de que todo ser humano reconozca y cumpla su vocación. Como declara el Concilio, «el Hijo de Dios, con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre». Y Dios, por su vida, pasión, muerte y resurrección, nos ha reconciliado consigo mismo y entre nosotros, nos ha liberado de lo que nos esclaviza y nos ha unido a su Hijo para que en el camino de su seguimiento, nuestra vida y muerte se santifiquen y adquieran un sentido nuevo (cf. GS, n. 22b,c). El don del Espíritu que Cristo entregó en su Pascua otorga a los que creen en su Evangelio la capacidad de conformarse con Él hasta mantener la misma relación filial que él mantiene con el Padre (cf. GS, n. 22d).

La acción de este mismo Espíritu desborda los límites de la Iglesia. En todas partes va actuando su gracia de un modo invisible (cf. GS, n. 22e). En realidad, es el propio Espíritu de Cristo el que siembra en los corazones de los hombres, aun desde su más tierna infancia, las semillas del Verbo encarnado (cf. AG, n. 15), para que todo lo bueno y verdadero que hay en ellos opere como una «preparación al anuncio del Evangelio» (cf. LG, n. 16, AG, n. 3). Esta es la razón por la cual el Concilio declara que «Cristo es el mediador y plenitud de toda revelación»; lo cual supone que solo con el anuncio de su Evangelio se puede iluminar el misterio profundo que embarga al hombre y ese Misterio, que sosteniendo toda la realidad, en el acontecimiento de Jesucristo se ha manifestado como Padre (cf. DV, n. 2).

En resumen, prescindir de la novedad del acontecimiento cristiano o posponerlo hacia el final del proceso espiritual, es desconocer el poder educativo y humanizador que tiene el Evangelio, es privar a los niños y adolescentes de la luz y de la gracia que aportan las mediaciones eclesiales y dejarles a la deriva en un camino actualmente poco transitado y lleno de dificultad. La Iglesia, sea cual sea el ámbito del que se trate, no puede dejar de ofrecer la Palabra divina, esa que se revela ante todo hombre –con independencia de su edad– como lámpara para sus pasos, luz en su sendero (cf. *Sal* 119 (118), 105).

porqué y del cómo? Si esta pregunta no fuera la confesión de que la genuina autocomunicación del Dios infinito, por encima de toda la realidad de las criaturas y del don finito de Dios, es lo que por medio de Jesús, y por medio de él solo, se nos promete, se nos ofrece y se nos garantiza, entonces la realidad de Jesús, puesto que esa realidad –en sí y en su mensaje– permanecería dentro de lo finito y contingente, podría fundamentar quizás una religión, quizás la mejor, precisamente la religión jesuánica, pero no la religión absoluta, destinada con seriedad para todos los hombres», (K. RAHNER, *Sobre la inefabilidad de Dios. Experiencias de un teólogo católico* [Herder, Barcelona 2005] p. 28, la cursiva es nuestra).

3. Los niños y adolescentes también están llamados a convertirse al evangelio

Como venimos diciendo, los niños no son una pizarra en blanco⁴⁶. El reto por el que pasa hoy la transmisión de la fe es que los padres, sacerdotes y catequistas reconozcan y acojan las vivencias espirituales que portan los niños. Solo a partir de este reconocimiento y el subsiguiente discernimiento, la propuesta cristiana superará la tentación de ofrecerse como un proceso de adoctrinamiento y moralización, y podrá revelar la capacidad que tiene para interpretar dichas vivencias y desarrollarlas hacia una plenitud que solo es capaz de aportar el anuncio y la educación cristiana. Este debe ser el punto de partida; solo a partir de su consideración la propuesta cristiana podrá encontrar las piedras de amarre en las que, bajo la acción de la gracia, asegurará la experiencia de fe en Jesucristo.

Sin embargo, el punto de partida no es la meta. Al misterio que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman» (1 Co 2, 9) solo se accede a través de un proceso paciente en el que los sujetos, en este caso los niños, tienen que aprender a abrirse a la acción divina y participar en las acciones eclesiales que la median. En efecto, el despertar cristiano en la primera infancia y la posterior catequesis no solo deben interpretar las experiencias espirituales que portan los niños –las cuales les vienen por el orden de la creación y la acción antecedente del Espíritu–, también han de introducir y educar en la misma novedad que aporta Jesucristo⁴⁷, lo cual supone poner en contacto con la acción gratuita e indisponible del propio Espíritu que la vida de la Iglesia media.

Hemos de convencernos, de una vez por todas, de que ya en nuestros días la configuración cristiana de la vivencia espiritual de los niños no es espontánea⁴⁸, sino que exige un proceso iniciático-formativo «que no se reduzca a un simple proceso de enseñanza y de formación doctrinal, sino que conduzca a la plena inserción en el misterio de Cristo por medio de la fe y los sacramentos»⁴⁹. Un proceso en el que «primero es necesario convertirse en discípulo del Señor, para después ser admi-

46 Cf. HART, p. 91.

47 En palabras de SAN IRENEO, «[Cristo], en su venida, ha traído toda novedad» (*Adversus haereses*, IV, c. 34, n. 1: PG 7, 1083).

48 Ya lo advertía Tertuliano en una época semejante a la nuestra: «Los cristianos no nacen, se hacen» (TERTULIANO, *Apologeticum*, cap. XVIII, 4).

49 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (CIV Asamblea Plenaria), *Custodiar, alimentar y promover la memoria de Jesucristo* (21-XI-2014), n. 23c.

tido al bautismo»⁵⁰. Es decir, es preciso salir del pecado, es decir de la afirmación del propio camino, y abrirse a la gracia de Cristo por medio del testimonio eclesial (familia, parroquia y colegio), la catequesis y las celebraciones litúrgicas.

Los niños tiene facilidad para aceptar las referencias que les ofrecen las personas que les quieren, pero no por ello están exentos de un acto de conversión por el que, lejos de afirmarse en lo que les es propio, se abren, aceptan y asimilan la experiencia cristiana que la Iglesia les ofrece. Esto supone pasar, año tras año, de un modo paciente, por una catequesis de inspiración catecumenal que procure en ellos «una experiencia pastoral-formativa global»; es decir, que les ofrezca un «campo de entrenamiento hecho con catequesis, con ejercicios ascéticos y penitenciales, y con ritos y celebraciones»⁵¹. Es preciso que definitivamente las comunidades cristianas superen la tentación de pensar que lo que se conoce, incluso llega a razonarse, se ha adquirido y se vive. El proceso iniciático supone «un caminar personal hacia la madurez cristiana. Por tanto, ha de estar especialmente atento a los ritmos de cada persona»⁵². Cada vez más el acompañamiento personal es imprescindible. Un acompañamiento interpuesto por los padres, entre los 0 y 10 años, o un acompañamiento directo a los niños y adolescentes desde los 10 a 16 años. «Esto requiere un nuevo modo de hacer las cosas, como por ejemplo, *no tener prisa*: hacer depender todo del don de Dios y de la acogida del iniciando»⁵³. Los procesos iniciáticos tienen necesidad de «fomentar la gratuidad y la libertad en cualquier punto del camino: todos y de un modo especial los catequistas y los niños y adolescentes han de ser conscientes de que todo depende de la gracia de Dios y de la respuesta humana»⁵⁴.

III. ESBOZO DEL PROCESO ESPIRITUAL DE CONVERSIÓN DE NIÑOS Y ADOLESCENTES

Como avisamos al inicio de nuestra exposición, la propuesta que a continuación vamos a ofrecer tiene un carácter limitado. Renuncia-

50 SAN BASILIO DE CESAREA, Adv. Eun. III, 5 (PG 29,665), citado en *Ibid.*, 19.

51 Custodiar..., n. 19.

52 Custodiar..., n. 19a.

53 Custodiar..., n. 19b.

54 Custodiar..., n. 19f. Esta apartado concluye con las siguiente palabras: «Para que esto se haga bien, hay que tener muy en cuenta esta 'alarma': cuando los destinatarios de la iniciación viven de "momentos", pero no hacen un itinerario espiritual; cuando viven u recorrido sin unidad, que al final parece poco fructuoso e inconcluso, no puede haber iniciación cristiana».

mos a fijar con precisión la articulación espiritual que debería estar en la base y estructurar el proceso de iniciación cristiana de niños y adolescentes. Las razones son varias. En primer lugar, por *la provisionalidad de nuestra propuesta*. Lo que se ofrece es un simple esbozo con la esperanza de abrir un camino de reflexión catequética que oriente una mejor praxis iniciática. Si la hipótesis de trabajo que venimos elaborando es correcta, esto reclamará un trabajo interdisciplinar por el que pastores, teólogos espirituales, catequetas, psicólogos y pedagogos puedan hacer una propuesta más madura y apropiada. Por otro lado, y esto forma parte de la hipótesis, existe una cuestión de principios. Según lo expuesto anteriormente, opinamos que habría que renunciar a la elaboración de un programa bien acabado y cerrado sobre sí mismo. ¿Cómo podría hacerse, si el itinerario espiritual siempre es obra de la gracia y de la respuesta libre del hombre? Habría que pensar en grandes núcleos experienciales y la referencia de unas orientaciones fundamentales que sirvieran de hitos para la diversidad de itinerarios. Como se observará, en virtud de esto que decimos, nuestra propuesta ofrece un cierto solapamiento entre las diversas etapas.

Nuestro objetivo, por tanto, es el siguiente: *poner en correlación* los elementos nucleares que desarrollan la vivencia espiritual de los niños y adolescentes con la experiencia espiritual que porta el mensaje cristiano y se decanta de él. Los cuadros y comentarios que a continuación ofrecemos responden a esta intención⁵⁵. En una primera columna señalamos *las aperturas-vivencias* espirituales que pueden presentar los niños y adolescentes. Los núcleos que detallamos solo tiene una intención orientativa, pues si bien siguen una cierta evolutiva en virtud del carácter dinámico que la experiencia espiritual tiene, en realidad, les damos la consideración de grandes puertas que han de abrirse y, según la vivencia de los muchachos, una y otra vez se han de atravesar para que su experiencia espiritual llegue a configurarse cristianamente⁵⁶. Por su parte, para favorecer esa correlación de la que hablamos, en una segunda columna indicamos *las experiencias espirituales cristianas* que subyacen y articulan el mensaje cristiano. Aquí lo que pretendemos es traducir experiencialmente el contenido de la fe, de modo que se presente ante los muchachos como algo vivo y comprensible, fuente de vida y configurador de la misma. Por último, como complemento a

55 Sobre la correlación de experiencia cf. Gevaert, pp. 80-100.

56 Nuestra propuesta parte de los núcleos que diversos autores indican a la hora de cultivar la capacidad espiritual de los niños; sin embargo, la orientación que nosotros damos es diversa ya que tiene como objetivo buscar la correlación con la experiencia cristiana. Para la relación de autores cf. supra. cita 22.

lo anterior, en una tercera y cuarta columna, apuntamos tanto *alguna línea pedagógica* que venga a facilitar dicha correlación como *los núcleos temáticos* del mensaje cristiano que, *grosso modo*, formulan y tienen la capacidad de configurar cristianamente la experiencia espiritual de los niños y adolescentes. En este punto, la mayoría de las veces enumeraremos los temas en los que se articula el libro *Los primeros pasos en la fe* y los catecismos: *Jesús es el Señor* y *Testigos del Señor*, de la Conferencia Episcopal Española.

1. De 0 a 3 años: protegidos por el misterio. Los niños enraizados en el fundamento originario

Apertura espiritual	Perspectiva experiencial del mensaje cristiano	Líneas pedagógicas favorecedoras de la correlación	Contenidos fundamentales
Apego.	Dios en todo.	Dependencia de los padres (cariño).	Ambientales religioso Presencia de signos cristianos.
Cuidado. Seguridad. Confianza.	Protección. Sentido de providencia.	Cuidado y atención de los padres. Clima de serenidad, orden.	
Alegría / Felicidad. Agradecimiento.	Visión positiva de la vida / Todo es don.	Ambiente familiar alegre. Fiestas, regalos.	
Inicio de la alteridad: el otro es el no-yo.	Dios es el Dios de los padres y tiene nombre.	Los padres son otros. Y testimonian su relación con Dios «el Otro».	Los padres empiezan a señalar y a nombrar los signos religiosos (Jesús, María).
¡Existen las cosas! Asombro.	Contemplación y disfrute de la realidad (creación). Apertura al Misterio divino que todo lo habita.	Poner en contacto con lo que existe. Pedagogía de la belleza. Silencio, atención.	Los padres remiten su vida cotidiana a Dios (testimonio).

a. La unidad originaria con el Misterio, el primado de la vivencia humana

Entre la madre y el niño existe una unidad originaria solo rota cuando tras el nacimiento se corta el cordón umbilical⁵⁷. No obstante, esa unidad de algún modo se conserva en el tiempo. En los primeros años de vida, el niño mantiene su vinculación congénita con su madre (y con el padre, a través de ella). Es *la figura del apego* que más crece cuanto más el niño siente el sostén y confort de los brazos maternos, escucha susurrar al oído sus palabras de cariño, succiona la leche del pecho materno, huele el olor que le es familiar, reconoce la mirada del rostro conocido, recibe el cuidado incondicional que se le prodiga... Esta unidad originaria entre el niño y la madre es expresión del fundamento creatural del niño y testimonio ontológico de su dependencia divina.

En efecto, el niño desde su nacimiento es un ser espiritual. Por tanto, desde su más tierna infancia, el papel de los padres es para él mucho más que la fuente de su satisfacción fisiológica, natural, y trasciende su incapacidad de tomar conciencia de ese hecho. La relación paterno-filial que se da entre los padres y el bebé se constituye en expresión de la dependencia ontológica de Dios y constituye la condición necesaria para que el niño sea alumbrado y desarrolle su arraigo en Dios. El hogar familiar compone un verdadero sacramento donde la presencia misteriosa pero real de Dios se ofrece bajo la mediación paterna. En palabras de von Balthasar. «dado que el niño no puede primero distinguir entre el amor de los padres y el amor de Dios [este tiempo originario] contiene un momento de santidad»⁵⁸.

b. El carácter menesteroso del niño y la apertura al don

El bebé requiere alimento, limpieza, protección..., lo reclama todo. Su menesterosidad es la que le abre a un misterio de amor que, aún mediado por sus padres, se le ofrece con un carácter providente y absoluto. Entendamos lo que queremos decir. El niño depende en todo de sus progenitores y estos satisfacen esa dependencia prodigando permanentemente y a lo largo del tiempo la atención que su hijo reclama...

57 «Entre la madre y el niño que ella lleva en su seno existe una 'identidad originaria', una unidad en modo alguno meramente "natural", "fisiológica" o "inconsciente" porque el niño ya es él mismo, ya es un "otro" respecto de ella, pues él se origina tanto de ella como del semen masculino»; «Detrás de la "identidad originaria" de madre e hijo –cuya no-identidad aparece definitivamente en el nacimiento– se destaca una "identidad originaria" aún más profunda: la del niño que crece y se desarrolla según la idea que Dios tiene de él, según la intención que quiere realizar en él. Y esa idea e intención es y no es Dios mismo, pues tiene como objeto a la criatura misma» (Balthasar, pp. 20-21).

58 *Ibid.*, p. 15.

Sin ningún merecimiento, simplemente por el hecho de existir, el bebé empieza a familiarizarse con lo que es el don. La alegría y la paz que se ve en el rostro de un niño bien atendido es expresión de la felicidad que produce el recibirse gratuita y permanentemente de sus padres. Esta vivencia de la gracia primera (la llamamos así porque tiene su raíz en el carácter creacional) es fundamental, pues otorga la confianza necesaria y el suelo firme para que el niño adquiera, más allá de cualquier tematización que en esta edad es imposible, una visión positiva de la vida. De este modo, el misterio providente que por mediación de los padres envuelve al niño no solo se manifiesta como protección en el presente, sino que imprime en el niño una promesa de felicidad futura. En efecto, porque siente el valor de la vida y el gozo y alegría que produce, el niño se siente feliz, agradecido e impelido a luchar para que esa vida halle la completitud más allá de la amenaza de cualquier contingencia humana. Utilizando una imagen, este paraíso infantil se convierte en un trampolín para el deseo, el cual permite al niño caminar hacia un Paraíso futuro, concebido como promesa, en el que no se sufrirá ninguna limitación y en el que todo se recibirá gratuitamente, tal y como se recibe en el primero: el omega radica en el alfa⁵⁹.

c. La aparición de la alteridad y del mundo

Poco a poco, los niños empiezan a dar un paso crucial, comienzan a reconocer que sus padres son “otros” y a distinguir de ellos tantas y tantas cosas que el mundo les ofrece. Es el inicio de la alteridad: el otro es el «no-yo» y ese mundo que se desborda ante la mirada del niño puede ser nombrado para convertirse en el espacio en el que vivir. En efecto, la aparición de la alteridad es un momento fundamental. No sin alguna contrariedad, el niño se ve obligado a salir de su enclaustramiento, porque no todas sus exigencias encuentran respuestas. Los padres son un «no-yo», «otros» que tiene vida propia y no están a expensas de él. A partir de la alteridad de los padres y de la seguridad que le dan, el niño empieza también a abrirse al mundo. Los niños se asombran, señalan, disfrutan, los padres miran, asienten o niegan, pero sobre todo nombran y con sus palabras permiten a sus hijos explorar ese mundo que les entra por los sentidos, especialmente por los ojos, y lo reciben como un regalo⁶⁰. En la actitud de los padres hacia el mundo, en su modo de obser-

59 «La forma última, el omega hacia el que vive [el adulto], no puede ser otra que su forma originaria, el alfa, del cual vive y del que recibe el instrumental para su tender hacia adelante» (BALTHASAR, pp. 19-20).

60 «El amor entre yo y tú deviene apertura manifestativa del mundo y, más profundamente, del ser en general en su iluminación y plenitud absolutas. Y porque esa apertura acontece gracias al amor, el se ilimitado se muestra como lo justo, lo acorde, lo correcto, en breve, como la verdad idéntica con el bien» (Balthasar, p. 23).

var las cosas y de nombrarlas, está la posibilidad de potenciar la mirada contemplativa y la capacidad de asombro del niño o, por el contrario, cerrar o llenar de prejuicios la apertura innata que el niño tiene ante el misterio de la existencia. Al niño se le ha de facilitar que vea, toque, oiga, huelga..., en pocas palabras, que entre en contacto con la realidad y las disfrute, y también se le ha de ayudar a que se asombre, único modo de poder ir más allá de lo que les entra por los sentidos.

d. Nombrar el Misterio que todo lo envuelve

Abierto a la alteridad, sorprendido porque existen cosas y capaz de recibir un lenguaje que tiene el poder no solo de nombrar sino de hacer presente las cosas, el niño poco a poco se va haciendo disponible a la percepción del misterio. En efecto, la sorpresa por todo cuanto existe lleva consigo la admiración de que existan y eso colinda con un sentido del misterio. Así es, el niño estrena todos sus sentidos y eso hace que tenga una especial apertura al misterio que todo lo envuelve, a ese Ser que sostiene en la existencia todas las cosas que se le ofrece. El niño tiene capacidad de trascender las cosas, si bien no por vía de razonamiento, sí por vía de maravillarse. Por eso, como decimos, necesita que los padres potencien en él su mirada contemplativa a través del silencio y la atención, y que sus progenitores mismos con sus miradas y palabras, pero sobre todo con su actitud ante la vida, le faciliten ir de asombro en asombro y, tras el asombro, nombrar a quien da la vida a todo cuanto existe y lo regala para el disfrute personal.

Aquí llegamos a un momento crucial en el despertar religioso. A los niños, aun en su primera infancia, se les debe ayudar, por vía del asombro, a pasar de las cosas al misterio que las sustenta; por vía del amor, del misterio al Misterio amoroso que todo lo regala; y, por vía de la palabra, a que puedan nombrar ese Misterio como Dios⁶¹. Como se puede comprender este recorrido solo se puede hacer a partir de la capacidad innata que poseen los niños y en base al propio estímulo que el misterio divino ejerce en ellos; pero para desarrollarse también necesitan el testimonio de una actitud religiosa permanentemente vivida por los padres en el transcurrir diario. Solo a partir de este testimonio que da realidad a todo lo que el niño empieza a vivir tiene valía el nombre que los padres den al Misterio ante el que ellos viven y sus hijos empiezan a familiarizarse.

61 «El amor entre yo y tú deviene apertura manifestativa del mundo y, más profundamente, del ser en general en su iluminación y plenitud absolutas. Y porque esa apertura acontece gracias al amor, el ser ilimitado se muestra como lo justo, lo acorde, lo correcto, en breve, como la verdad idéntica con el bien» (BALTHASAR, p. 23).

Es determinante, por tanto, que en el hogar familiar exista un ambiente religioso y que algunos signos le confieran la identidad cristiana: algún icono, alguna imagen de Jesús o de la Virgen... Es el modo sencillo que los padres tienen de poder hacer explícita la vivencia atemática que el niño va teniendo del Misterio y empezar a nombrarlo cristianamente. Dios, Jesús, María... son los nombres que sacan del anonimato la presencia misteriosa que ha acompañado al niño desde el nacimiento y tienen el poder de introducir en una relación. Es verdad, al inicio, Dios será para el niño el Dios de sus padres, «el Otro» en la relación que él mantiene con «los otros». Pero en esta experiencia espiritual de los niños, fontal para el resto de su vida, ya se ha alumbrado en el corazón de la vida el sentido del Misterio y la relación con Él.

2. De 3 a 6 años: del asombro ante el misterio a la relación con Dios

Apertura espiritual	Perspectiva experiencial del mensaje cristiano	Líneas pedagógicas favorecedoras de la correlación	Contenidos fundamentales (propuestos con libertad)
Sentido del Misterio divino. El asombro que se interroga: ¿Por qué? ¿Para qué?	Dios Creador y Señor de todas las cosas. Padre providente.	La vida y la muerte. Testimonio de los padres: nombran y se refieren cotidianamente a Dios.	Dios Padre nos quiere mucho y cuida de nosotros (II). Celebraciones familiares. Primeras oraciones
Conciencia de sí (frustraciones, deseos, debilidades..). ¿Quién soy yo?	Tengo un cuerpo (espacio y tiempo). Tengo una vida interior. Soy un regalo de Dios. Soy una criatura amada de Dios.	Tiempos de silencio. Escucha (del cuerpo y del alma). Relatos, Historia Sagrada (proyección en los personajes).	Dios Padre es amigo de los hombres (III).

Tú - yo (el alter-ego) Inicio de la relación. Identificación con el amigo.	Jesús, alter-ego (amigo del niño – hijo de Dios). Conocer, imaginar, tratar. Con Jesús, el Hijo de Dios.	Conocer la historia de Jesús (historia de un amigo). Oración dialógica: «tratar de amistad».	Dios Padre envía a su Hijo Jesús al mundo (IV).
Salida de sí: Alteridad. Respeto del otro. Compasión.	La empatía con Jesús para abrirse a su relación con Dios y con los otros.	«El juego» (relación con los otros).	Con Jesús vivimos como Hijos de Dios (V).
Búsqueda de armonía. Obediencia, paz interior.	Reconocimiento de la autoridad divina. Formación de la conciencia (heteronomía).	Relación con las personas de autoridad. Elementos morales.	Con Jesús vivimos como hijos de Dios (V).
Inicio de la socialización.	La Iglesia – Los amigos de Jesús, la gran familia de Dios.	Grupo de familias, de catequesis. Fiestas parroquiales.	Contacto con la comunidad cristiana - Celebraciones eclesiales (VI).

En este periodo el niño ha de pasar de una vivencia del misterio, hecha de una manera intuitiva y atemática, a una experiencia religiosa propiamente cristiana, por muy incipiente que sea. En efecto, es el momento en el que el niño, en el desarrollo de sus capacidades personales, y con el acompañamiento de sus padres, vaya interpretando cristianamente lo que vive, de modo que pueda iniciar una relación personal con Dios, reconocido como el Padre de Jesús, su amigo. Para avanzar en esta línea, es preciso seguir ahondando en tres tipos de capacidades-vivencias espirituales que se han alumbrado en la etapa anterior. Nos referimos a la capacidad de asombro, a la conciencia de menesterosidad y a la disposición al reconocimiento de la alteridad que desemboca en una relación de identificación. Estas vivencias son el punto de engarce de una primera explicitación de la propuesta cristiana.

e. El niño se asombra: el inicio de la relación con Dios

La capacidad de asombro que tiene el niño es el principal aliado para iniciarse en el sentido del Misterio, ahora ya de una manera reflexiva. Así es, el niño se da cuenta que la realidad es más de lo que se ve, se

oye, se toca. Las preguntas que los niños se hacen y formulan a los adultos así lo manifiesta: ¿por qué...?, ¿para qué...? Estas preguntas de los niños abren las cosas a una dimensión de profundidad que, sin ser ellos muy conscientes, cuestionan el sentido de las cosas. Esto explica los aprietos que los adultos sufren ante los cuestionamientos infantiles. Los niños, con una espontaneidad asombrosa, tienen la capacidad de cuestionar el automatismo de nuestros razonamientos y con los prejuicios que limitan la percepción de las cosas.

Con delicadeza y cuidado, pero sin apenas censura, es conveniente que los padres vayan abriendo al niño a toda la realidad de la vida; tanto en sus aspectos más luminosos como también más oscuros, a la bello y bueno como a lo feo y malo, a los signos de plenitud como aquellos que anticipan la muerte. La vida debe aparecer ante los niños como una realidad misteriosa que sorprende, que desborda, que unas veces atrae y otras atemoriza y espanta. La vida es el mejor aliado para que el Misterio divino se aproxime al niño y reclame de él alguna respuesta. A partir del asombro y de la confrontación con el misterio de la vida, los padres deben tener el atrevimiento de nombrar el Misterio que está detrás; esto es, de nombrar a Dios, de presentarle como el Creador de todo, el que provee el curso de los acontecimientos, como el Padre bueno que quiere y cuida de modo entrañable a todos, especialmente al niño. Aquí la fe de los padres en la Misericordia y Providencia divina, configurada como testimonio de vida en el hogar familiar será el verdadero sustento de la experiencia religiosa de sus hijos y la llenará de verdadero contenido vital. Para que esto derive en relación con Dios, es capital que los padres sepan tejer el aprendizaje de la oración y algunas fórmulas sencillas con momentos ordinarios de la vida, de modo que la relación con Dios se desarrolle en el corazón de la misma.

f. El niño ante su menesterosidad: la apertura a la gracia

Las circunstancias de la vida y su progresiva maduración hacen que el niño vaya tomando conciencia de sí mismo y de su menesterosidad. Esta apertura a sí mismo y el conocimiento de su limitación no puede ser malograda por una excesiva sobreprotección de los padres y del resto de la familia. Hay que evitar que los niños sean mal criados, se centren egoístamente sobre sí mismos, sus gustos y apetencias y no desarrollen una capacidad de frustración. De algún modo, sería desnaturalizar al niño en su más tierna infancia, quebrar el dinamismo de apertura que puja en él a partir de la experiencia de limitación y le pone en relación con los otros y con el mundo. Al contrario, los padres y todos los que quieren al niño deben ayudarlo a que tome conciencia

y respete los límites de sí mismo y de las cosas y que acepte su propia menesterosidad. Esta es la condición para que los niños puedan fragurar la idea del don y desarrollen la capacidad de agradecimiento.

Por medio de este primer combate por aceptar su contingencia se irá fraguando una primera conciencia de sí mismo y brotará la pregunta más o menos tematizada sobre su propia identidad: ¿Quién soy yo?, y sobre su origen: ¿Cuándo, por qué nací? Preguntas que apuntan hacia el misterio que el niño es para sí mismo y que apuntan a ese Misterio mayor de amor que los padres nombran como Dios. Al niño se le ha de ayudar a conectar ambos misterios por vía de la gracia: toda la vida es gracia, él es fruto de la gracia, él está llamado a responder al don que Dios le ha hecho y que es él mismo.

Para que esta experiencia tenga cabida y se pueda profundizar, al niño se le debe ayudar a tener tiempos de silencio, donde se escuche a sí mismo: a su cuerpo y a su alma; para que se dé cuenta de que vive y que vive por pura gracia; para que caiga en la cuenta de que no se abarca, que hay algo en él de necesidad y de deseo (al tiempo que de insuficiencia) que le lleva más allá de sí..., a la espera de recibir una respuesta de algo, de alguien, que venga a su rescate... Los padres y quienes los auxilian en la educación de sus hijos deben centrar el anuncio cristiano en Dios Padre, todo bondad, todo cariño, todo gracia, todo vida..., pero, también, Alguien que es completamente indisponible. Al niño, como decimos, se le debe ayudar a captar que él es un regalo de Dios y que de un modo entrañable es permanentemente amado por Él. A partir de esta experiencia se ha de educar al niño a que promueva sentimientos de respeto y reverencia ante Aquel en quien reposa su vida. Los relatos de la historia sagrada en los que se subraye el protagonismo de Dios es un elemento pedagógico extraordinario para que en un ejercicio de identificación con la experiencia de los personajes bíblicos el niño vaya conociendo quien es Dios y qué relación mantener con Él.

g. La relación con el alter-ego: identificación con Jesús

En estas edades, los niños empiezan a tener relaciones particulares de amistad con algún otro niño que tratan como su «alter-ego». Este tipo de relación es fundamental porque mirándose en el otro como en un espejo el niño va fraguando su identidad. Es el momento de presentar a Jesús como el alter-ego del niño. En efecto, Dios, ese misterio asombroso que cuida de él, ha dado al niño un amigo-hermano: Jesús, para que le conozca y él mismo se conozca en él, y juntos mantengan una relación filiar con quien es en verdad el Padre de ese amigo tan especial.

Aquí es fundamental que el niño reciba las historias de Jesús (narraciones inspiradas en el evangelio) como las historias de un amigo y que a través de ellas, de un modo intuitivo, imagine a Jesús cerca de él, compañero de aventuras, y descubra el modo que tiene su amigo de tratar a Dios, su Padre. Para que esta relación con Jesús se imprima verdaderamente en el corazón del niño es preciso potenciar una oración imaginativo-dialógica, con suficiente tiempo como para que se fragüe como trato de amistad.

No obstante, esta relación no puede quedar en la imaginación. De la mano de Jesús, el niño debe abrirse a la relación con otras personas; esto es, reconocerlos, respetarlos tener buenos sentimientos hacia ellos. El niño espontáneamente empatiza con sus semejantes, sobre todo si sufren; sin embargo no saben qué hacer. Jesús le ayudará a encontrar las claves para tener una buena relación con los otros: para poder vivir con Jesús como amigos y hermanos. En estas edades, este es el marco fundamental de las enseñanzas morales.

Con el objetivo de ir poniendo las bases morales, y teniendo como eje fundamental la relación que Jesús mantiene con el Padre, también es necesario que el niño vaya poniendo en correlación: obediencia a quien tienen autoridad y paz interior. La primera formación de la conciencia parte de un estadio basal heterónomo, condición para avanzar hacia la autonomía y madurar como teonomía. El respeto a las personas de autoridad (padre, profesores, mayores en general), animados por el ejemplo de Jesús, le ayudará a referirse a la autoridad del Padre de Jesús como el propio Jesús se refiere a ella obedientemente.

Por último, no se puede olvidar que en estas edades el niño empieza los primeros pasos en el proceso de socialización. La comunidad cristiana es el ambiente fundamental de refuerzo y plausibilidad para el despertar cristiano que los padres llevan a cabo con sus hijos en el seno del hogar. La Iglesia, entendida como ámbitos eclesiales concretos (parroquia, comunidad escolar, asociaciones...), debe manifestarse con una cierta evidencia como la reunión de los amigos-hermanos de Jesús, la gran familia del Padre-Dios que Él ha constituido en torno a la persona de su Hijo. Los juegos en la comunidad, las fiestas, las celebraciones son elementos fundamentales que, aparte de otorgar una cierta normalidad a la referencia eclesial, también ofrecerán una experiencia positiva para que los niños tomen la comunidad cristiana como una extensión de su propio casa.

3. De 6 a 10 años: la relación con Dios por y con Jesús. Hijo en el hijo de Dios

Apertura espiritual	Perspectiva experiencial del mensaje cristiano	Líneas pedagógicas favorecedoras de la correlación	Contenidos fundamentales (propuestos con libertad)
La vida sigue siendo un misterio. La Iglesia me introduce más en el misterio.	Dios nos estimula en la búsqueda (no a un Dios acabado). El amor fiel y sin límites es la promesa.	Una Iglesia que acompaña la vida, habla de la vida y ofrece la Vida de Dios.	Kerigma: Trinitario. Dios se nos comunica en su Hijo Jesús por medio de su Espíritu en la Iglesia.
Un mundo interior que busca luz. Necesidad de Interiorización.	Dios nos busca, nos ama y nos habla con palabras comprensibles: Jesús es su Palabra: luz que ilumina la vida.	Catequista testigo y maestro de la fe. Meditación de textos bíblicos (Iniciarse en la meditación).	Dios es nuestro Padre. Jesús viene a salvarnos.
Familiaridad con el Misterio de Dios.	Jesucristo: es el rostro de Dios invisibles. Jesucristo es el Dios-con-nosotros.	La vida de la Iglesia, signo de la contemporaneidad de Cristo.	Jesús, el Hijo de Dios, vivió entre nosotros. Jesús entrega su vida por nosotros.
¿Qué debo hacer?, ¿cómo debo responder? Búsqueda de la respuesta debida.	Jesucristo: Manifiesta el misterio del ser humano. La respuesta filial a Dios: ganar la libertad.	Identificación con Jesús: Seguimiento de Cristo: Mandamiento del amor.	Por el bautismo nacemos a la vida nueva. La reconciliación. Recibimos el perdón que nos renueva.
¿Qué debo hacer?, ¿cómo debo responder? Búsqueda de la respuesta debida.	Bajo la impulso del Espíritu de Jesús. Ser uno con Jesucristo, hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano.	Las celebraciones litúrgicas (de la Palabra y eucarísticas). Iniciación en las actitudes, ritos y signos.	El Espíritu Santo y la Iglesia. La eucaristía. Nos alimentamos con el Cuerpo y Sangre del Señor.

Necesidad de pertenencia.	La Iglesia la casa de Jesús es la casa de sus discípulos. Pertenecer a Jesús – pertenecer a la Iglesia.	El grupo de catequesis inserto en la Comunidad cristiana.	El Espíritu Santo y la Iglesia.
---------------------------	---	---	---------------------------------

Los elementos esenciales que constituyen la base espiritual de la experiencia de fe están dados con el despertar religioso cristiano de las etapas anteriores. Ahora en este nuevo periodo se vuelve sobre ellos, pero haciéndolos más explícitos y, sobre todo, mostrando como la experiencia cristiana se concreta a partir de la mediación sacramental de la Iglesia que obra el Espíritu de Cristo. En efecto, la catequesis iniciática tiene como objetivo que los niños sean introducidos en «la vida de fe», propia de la comunidad cristiana. Este es un subrayado importante. La catequesis debe aparecer ante ellos como algo que tiene que ver con la vida. La Iglesia, por medio de la catequesis, habla de la vida, acompaña la vida y ofrece la Vida nueva que Dios nos quiere dar en su Hijo Jesús. Esta es la condición de credibilidad para el mensaje cristiano y el modo de que impacte en la conciencia de los niños.

a. La propuesta cristiana toma la iniciativa, para estimular y dar forma cristiana a la vivencia espiritual del niño

En esta etapa, donde se empieza la catequesis propiamente dicha, se da un cambio significativo: la propuesta cristiana toma la iniciativa. En efecto, la comunidad cristiana acoge a los niños para que recorran un proceso iniciático, es decir, para ser introducidos en la vida de la Iglesia, mediación de la vida nueva que Cristo nos ha alcanzado en la Pascua y nos da a participar por el don de su Espíritu. Para poder iniciar este proceso, los niños han de venir pertrechados con las primeras experiencias cristianas; esas experiencias que les permitirán sintonizar con la propuesta iniciática de la comunidad cristiana y que encontrarán en ella su pleno sentido y la necesaria profundización hasta identificarse con Jesús, el Hijo de Dios. Esta propuesta iniciática de ningún modo puede suponer la clausura de la apertura espiritual de los niños, al contrario debe ser un estímulo que ahonde su capacidad de asombro, les suscite interrogantes y aliente su búsqueda de Dios. Dios siempre es más grande que de lo que de Él se concibe. Nunca está definido, nunca se tiene dominio sobre Él. La catequesis iniciática debe tener cuidado de no prescindir de la capacidad-experiencia de asombro del niño. Al contrario, su intención primera ha de

ser la de estimularla a partir de una presentación del acontecimiento cristiano de hondo significado vital y belleza.

En este sentido, la catequesis ha de presentar a un Dios que sale al paso de la vida, que se hace el encontradizo. No un Dios abstracto, sino un Dios que quiere comunicarse y mantener una relación personal. Para que así sea, la catequesis ha de buscar siempre la correspondencia entre el mensaje cristiano y la vida de los niños, una correspondencia por vía del acontecimiento: «Dios, por Jesús, está en tu vida y te busca con amor», antes que por vía meramente moral: «Dios quiere que te comportes...» Poco importa en qué sentido se haga esa correspondencia experiencial: bien que los deseos, interrogantes, alegría o sufrimientos de los niños se conviertan en cuestiones dirigidas al Evangelio, bien que la propuesta del Evangelio sea tan luminosa y bella que despierte en los niños deseos, preguntas, alegrías...; el objetivo es que el niño perciba e, incluso sienta, que el anuncio evangélico habla de algo real que le afecta; único modo de que en la catequesis acontezca algo.

El anuncio kerigmático será siempre el origen y horizonte del acto catequético. En efecto, el kerigma siempre apunta a lo que es nuclear en el anuncio cristiano y manifiesta su actualidad permanente: Jesús está presente de un modo concreto en tu vida y actualiza el amor de Dios, su Padre, por medio de una determinada acción eclesial. Que los niños poco a poco vayan concibiendo y abriéndose a la contemporaneidad de Cristo es esencial para que vayan pasando de sus representaciones imaginarias-proyectivas a un dinamismo de seguimiento e identificación con Jesucristo.

b. El niño crece en su identidad cristiana: el trato personal con Jesucristo

Esta etapa del desarrollo espiritual cristiano es eminentemente cristocéntrica, aunque no cristomonista. Jesucristo está en el centro, y todo cuanto existe, todo lo que pasa en la vida se puede comprender desde Él, también la relación con Dios. Al niño se le ha de ayudar a comprender que Jesús revela el misterio de Dios y su amor para con él. Por lo cual, la catequesis no puede contentarse con ofrecer una visión meramente humana de Jesucristo, de tinte moralista. Jesús es el Dios-con-nosotros, la Luz que, procedente de Dios, ilumina la vida y la dirige hacia Dios. Para que esto no sea pura teoría, es fundamental que en este tiempo se ayude al niño a cultivar su mundo interior. Sin interioridad es difícil que entre en una verdadera relación espiritual con Jesús y que se abra a su misterio divino, al cual solo se tiene acceso por la gracia de Dios. Los

momentos de silencio y oración, con el debido acompañamiento por parte del catequista y el sacerdote, ayudarán a que el mensaje cristiano impacte en el alma del niño y se presente ante su conciencia como una verdadera realidad. En este periodo, sigue siendo determinante aprovechar el sentido que el niño tiene todavía del misterio para que, por su relación personal con Jesucristo, adquiera una verdadera familiaridad con el Misterio divino que tan humano se revela en Él.

La afirmación de la divinidad de Jesús no solo abre el acceso al Misterio divino que le habita, sino también es la condición para su contemporaneidad. Esto hay que ayudar a que los niños lo comprendan y que traten de buscarlo presente en su vida y en la Iglesia. En este sentido, tres son las mediaciones de la presencia de Cristo que conviene trabajar en el ámbito de la catequesis iniciática: Cristo mediado por el catequista, por la Palabra divina y por las celebraciones litúrgicas. Decimos una palabra sobre cada una de ellas:

- *Cristo mediado por el catequista.* Los niños deben observar en su catequista a un testigo, no tanto por su cualidad moral, cuanto por su relación personal con Jesús. Una relación explícitamente religiosa, de evidente discipulado, donde su fe y actitudes de su vida transparenten a Jesús. La atención, la cercanía hacia los miembros del grupo, la paciencia y el cariño para con ellos, serán a ojos de los niños actitudes que investirán de realidad y de bondad a Aquel en cuyo nombre el catequista actúa. Se trata de que este testimonio lleve a los niños a reconocer el valor real de la fe en Jesús, al tiempo que confiera autoridad al catequista: un maestro en quien confiar.
- *Cristo mediado por la Palabra.* La Palabra de Dios acontece cuando la Escritura es interpretada por la experiencia bimilenaria de la Iglesia en el surco de la Tradición. La proclamación de los textos bíblicos debe encontrar un espacio destacado en la sesión de la catequesis, se le ha de rodear de un clima religioso que ponga de manifiesto que es Dios quien habla. Pero esa Palabra divina halla su comprensión y refrendo en la fe de la Iglesia, por tanto el catequista debe ayudar a que los niños sepan cómo esa Palabra se actualiza y llega viva a ellos. Sagrada Escritura y Catecismo, proclamación y meditación, ambos dinamismos se reclaman tanto para que Jesús no se quede en el pasado como para que sea Él y no cualquier otra figura el que venga a la vida de los niños.
- *Cristo mediado por las celebraciones litúrgicas.* Las celebraciones litúrgicas que jalonen el proceso iniciático deben mostrar con una

cierta evidencia que el anuncio cristiano es verdaderamente un acontecimiento. Las celebraciones se han de cuidar de tal modo, que los niños se vean implicados en ellas: los diversos modos de orar, los gestos corporales, los símbolos litúrgicos, el silencio, la unción celebrativa..., todo se ha de concertar para que los niños se vean sumergidos en un espacio sacral en el que, transparentando el Misterio divino, el nombre de Jesús y la relación con Él adquiera toda su dimensión.

c. ¿Qué debo hacer? Seguir a Cristo

En estas edades, el niño desarrolla su capacidad espiritual a través de la pregunta moral: «¿qué es lo bueno?», «¿qué debo hacer?», estas preguntas genéricas que de algún modo, aunque solo sea tácitamente, empiezan a alumbrarse en la conciencia del niño manifiestan el inicio de la responsabilidad. El niño se siente que tiene que empezar a responder de sí y de sus actos. Esto da pie a que la pregunta moral se ponga en relación con Jesús. La catequesis le ha manifestado el amor de Dios Padre, también le ha revelado como Jesús da una respuesta filial a Quien es la fuente de su vida. Ahora, se le ha de ayudar al niño a comprender que responder al amor de Dios es reproducir la respuesta del propio Jesús, el Hijo de Dios. Al niño se le ha de poner ante sí el seguimiento de Jesús. Un seguimiento que concreta el proceso de emulación y de identificación que el niño debe desear respecto a su amigo Jesús, Hijo de Dios.

Para no caer en un puro voluntarismo que frustre el carácter de buena noticia que tiene el anuncio cristiano, es preciso que la catequesis moral vaya unida a la catequesis sacramental. Dios no pide lo que previamente no da. Al niño se le ha de manifestar que la vida moral cristiana es una vida que brota de la gracia: «Por el bautismo nacemos a una vida nueva»; se sostiene por la misericordia divina: «La reconciliación. Recibimos el perdón que nos renueva»; y se vive en la compañía de Jesús: «La eucaristía. Nos alimentamos con el Cuerpo y la Sangre del Señor».

Por otro lado, en aras de ir a lo esencial, la propuesta moral en estas edades debe girar en torno al mandamiento doble del amor: amor a Dios y amor al prójimo, que tiene su referente último en las palabras de Jesús: «amaros unos a otros como yo os he amado». La concentración de la enseñanza moral en este punto no solo ayudará a los niños a encontrar el eje articulador del seguimiento de Cristo, sino que les ayudará a comenzar a familiarizarse con la persona divina del Espíritu.

El Espíritu Santo es el amor que une al Padre y al Hijo en la comunión trinitaria y también es quien nos identifica con Cristo y nos introduce en esa comunión. Al niño se le ha de ayudar a establecer la siguiente relación: quien ama se deja guiar por el Espíritu, quien no ama se resiste a su acción y se aleja de Jesús.

Un campo extraordinario para verificar la vida moral es el grupo de catequesis, en particular, y la comunidad cristiana, en general. En estas edades, los niños van avanzando en el proceso de socialización; por tanto, es el tiempo en que, poco a poco, vayan encontrando en la comunidad cristiana un espacio propio y que forme parte de su vida cotidiana. La Iglesia es la casa de Jesús y de Dios, su Padre, Él está allí presente y espera que todos sus amigos-hermanos se reúnan en torno a él para formar la familia del Padre-Dios. Sobre este punto adquiere un especial significado el que los niños cuando se acerquen a la parroquia pasen un instante por la capilla del Santísimo. Ese momento no solo implica el reconocimiento de la presencia de Jesús, también es un programa comunitario para los niños: reconocer a Jesús es reconocer a los amigos-hermanos de Jesús como amigos-hermanos propios y el modo eminente de dar gloria al Padre. Sentido último del mandamiento doble del amor.

4. De 12 a 16 años: búsqueda de la propia identidad-vocación en Jesús⁶².

Apertura espiritual	Perspectiva espiritual del mensaje cristiano	Líneas pedagógicas favorecedoras de la correlación	Contenidos fundamentales (Propuestos con libertad)
Pero ¿quién soy yo? Búsqueda de la propia identidad-vocación. Mi lugar en el mundo.	La identidad se define en la relación con Jesucristo, y con Jesucristo con Dios, la Iglesia y los otros.	Catequista acompañante – mistagogo. Personalización de la fe, (no creer por delegación). El kerigma en la propia vida (narración).	Repetición del Kerigma Trinitario: Jesucristo es la verdad (Parte III).

⁶² Aunque esta etapa la contemplamos de un modo unitario. Consideramos que se puede establecer dos periodos: de 10-12 años y de 12-16 años. En el primer periodo, se debería ayudar a los niños (infancia adulta) a profundizar y personalizar lo expuesto en la etapa anterior. Por consiguiente, lo que decimos a continuación se refiere más al periodo ampliado de 13-16 años, que toma el nombre de preadolescencia y/o adolescencia.

Desbordado por la vida. Temor a la vida.	Dios sale al paso, se le encuentra en la vida: Dios conduce la historia. Dios actúa en la vida.	Presentación de la historia de la salvación en clave experiencial.	Jesucristo es la Palabra (Parte II).
Deseo de autenticidad: ser lo que debo ser, ser lo que estoy llamado a ser.	La fidelidad y misericordia de Dios en Jesús condición de autenticidad. La permanente confianza.	Pedagogía del don. La gracia es la que hace la persona.	Jesucristo es la Vida (Parte IV).
Búsqueda de reconocimiento y perdón, (salvación).	Jesucristo ofrece su salvación. ¡Es el Señor!	Centralidad del Misterio Pascual: celebración de la penitencia y eucaristía.	Jesucristo es la Vida (Parte IV).
Búsqueda de sabiduría (interior). El acuerdo del corazón y la razón.	La fe cristiana camino hacia la sabiduría. Crear para comprender.	Lectio divina. Revisión de vida.	Volver sobre los grandes documentos de la Iglesia (Padre nuestro, Credo...).
¿Qué debo hacer? ¿Cómo puedo vivir?	La acción del Espíritu nos hace sentir como Jesús, pensar como Él, actuar como Él.	El seguimiento de Cristo. Integración fe-vida. Virtudes.	Catequesis focalizada desde el Espíritu.
Formo parte de un proyecto.	La Iglesia, Pueblo de Dios que camina en la historia hacia un futuro.	Apuntes de historia de la Iglesia. Elementos de DSI.	Jesucristo es el Camino (Parte V).
¿Qué puedo ofrecer? Mi lugar en el mundo.	Dios llama a colaborar con su Reino. La vocación.	Testimonio de personas creyentes y de los santos.	Jesucristo es el Camino (Parte V).

El período de edad de 12-16 años es determinante en el proceso madurativo de la experiencia de fe. Todo lo que el niño ha experimentado, la vida cristiana de la que ha participado en compañía de su familia y con la ayuda de las personas de referencia parece desdibujarse. Y, sin embargo, lo que ocurre es que el muchacho entra en un proceso pro-

fundo de definición de la propia identidad que pone en crisis todo lo que ha vivido con anterioridad. De aquí la importancia que la propuesta cristiana no se haya quedado en la pura abstracción y formalidad, no aguantaría el proceso crítico al que se ve sometido el adolescente; sino que haya sido incisiva hasta el punto de haber dado forma a su experiencia vital, único modo de constituirse en el fundamento sobre el que renovar su identidad.

a. El adolescente llamado a construir su identidad.

La relación con Jesús

Como decimos la edad de los 12 a 16 años es determinante en el proceso madurativo de la persona humana. De algún modo, el adolescente tiene que empezar a hacerse cargo de sí mismo. Él es el primer sorprendido con lo que le está pasando y aún consigo mismo. La evolución psicofísica le lleva a preguntarse, de un modo más o menos explícito: «pero, ¿quién soy yo?». El cuestionamiento de la fe parte del cuestionamiento de sí mismo. Todo parece venirle abajo y se ve obligado a iniciar un lento proceso para recomponer su identidad, encontrar su lugar en el mundo, descubrir cuál es su vocación... En este proceso, el adolescente debe dejar de creer por delegación para acceder a una fe más personal. En esta etapa pasa a examen lo sembrado en los periodos anteriores.

En cristiano, toda identidad se construye en la relación. Por tanto, es fundamental que los adolescentes mantengan las relaciones cristianas-eclesiales que ha ido tejiendo en los años anteriores. Aquí es determinante la relación con el catequista. Este se ha de ofrecer como un compañero de camino (acompañante paciente), conocedor de los secretos que esconde la vida (mistagogo). Es capital que el adolescente encuentre en el catequista un referente personal en quien apoyarse, alguien en quien hallar la cercanía suficiente como para contar confiadamente su vida, sus miedos y angustias, sus ilusiones y sus alegrías. Y el catequista, a la luz del kerigma, ha de encontrar una y otra vez las palabras que iluminen esas confidencias que recibe y ayudar a dirigir pacientemente la mirada a Jesús, el amigo fiel que acompaña, ayuda y espera pacientemente la respuesta debida. En realidad, la relación y el diálogo del catequista con el adolescente debe ser mediación más o menos consciente, más o menos explícita, más o menos consentida por este último de la relación y el diálogo que Jesús lleva con él. La relación personal con Jesús sigue siendo determinante para que el adolescente vaya poco a poco descubriendo que, pase lo que pase, Dios le sostiene en su amor, cuenta con él y le confiere una identidad que es un regalo para él mismo y para el mundo.

b. El adolescente se enfrenta a la vida por sí mismo: la vida como reto

Hasta ahora el niño se ha ido abriendo a la vida de la mano de sus mayores. Ahora el adolescente rechaza directamente cualquier tutela – aunque la necesite y la reclame de lejos– y se enfrenta a la vida por sí mismo. No es que la vida, como en etapas anteriores, se revele como un misterio, sino que su propia persona, las circunstancias, los encuentros personales, los retos a los que se enfrenta..., en pocas palabras, la vida en su inmediatez y su potencia acapara la atención del adolescente. La vida le desborda y le atrae al tiempo que le llena de temor. Es el tiempo de explorar y de navegar solo, con todos los peligros que ello comporta....

En este tiempo, nuevamente, la fe no puede aparecer como una teoría, aunque los chicos son los primeros en hacer de ella eso mismo. Es el tiempo de insistirles que Dios sale al encuentro al hilo de la vida, que es Él el que conduce paternalmente la historia y no deja de proveer y cuidar a sus hijos: el testimonio de Jesús lo manifiesta. A veces el adolescente no querrá aceptarlo y parecerá ignorarlo, pero este anuncio, repetido en momentos cruciales, será como el timón que, en los momentos de tormenta, mantendrá la vida del adolescente con dirección firme. Dos son los soportes pedagógicos que pueden ayudar a mantener la correspondencia entre el Evangelio y la vida: la *Lectio divina* y la revisión de vida. Estos dos métodos, cada uno a su modo, practicados de manera sencilla pero con una determinada frecuencia, ayudarán al adolescente a leer la vida en clave de fe, a reconocer que Dios está presente en ella y que se ofrece como su meta. La historia de la salvación, presentada en clave experiencial, también será un buen instrumento para el logro de este mismo objetivo.

c. El adolescente prueba el amor. La pedagogía del don

El torbellino existencial que vive el adolescente, le lleva a estar lleno de incoherencias, de complejos, de errores, de fracasos..., que él es el primero en no perdonarse. Y, sin embargo, quiere ser auténtico, quiere saber qué hacer y cómo hacerlo; desea una y otra vez tener una nueva oportunidad. El deseo de reconocimiento y de aceptación les mueve secretamente. Buscan, aunque no lo confiesen, ser creídos en sus buenos propósitos, ser esperados en sus decisiones, en una palabra, ser amados. Justamente por eso prueban el amor, para saber si las personas que dicen quererles les quieren realmente y son dignas de su confianza.

En este tiempo debe primar la pedagogía del don. En cristiano, la gracia siempre antecede y siempre espera. Los adolescentes necesitan

hacer experiencia de esta gracia que es el mejor testimonio de Dios. Esta experiencia es la que poco a poco irá fraguando en ellos la libertad e irá dando forma a su persona. Gracia mediada por los adultos que los acompañan y gracia que se ha de promover como criterio de relación entre iguales. Antes hemos dicho que el kerigma debe iluminar los diálogos con los adolescentes. Esa insistencia en lo nuclear de la fe, donde el foco de atención está puesto en la misericordia divina, es un modo de manifestar cómo la gracia divina teje sus vidas y se convierte en trampolín para aceptarse y afrontar con confianza los retos que se les presenta. El kerigma se articula siempre a partir del misterio pascual de Cristo: misterio actualizado y celebrado en cada Eucaristía dominical; misterio de gracia y de perdón renovado en la celebración sacramental de la Reconciliación. La celebración de estos sacramentos otorgará realismo al anuncio cristiano y ofrecerá a los adolescentes un firme apoyo para vivir su fe y construir su personalidad.

***d. El adolescente va configurando su vida.
La aceptación del señorío de Jesús***

Por otro lado, los adolescentes deben avanzar en su conocimiento de Cristo. Como hemos dicho, en este periodo han de profundizar en su relación personal con Él; pero este trato de amistad, sin entrar en contradicción, debe avanzar y sostener el reconocimiento de su señorío. En efecto, los muchachos van teniendo experiencia concreta de la salvación de Jesús, van comprobando cómo permanentemente su gracia les espera y les acompaña. Quién ama hasta dar la vida, quién permanece fiel a pesar de sus infidelidades, quién llama a colaborar con Él en la construcción del reino del Padre, quién tiene poder sobre cielo y tierra y orienta el curso de las cosas no puede por menos que ser reconocido como Señor. Para avanzar en la maduración de la fe, el adolescente debe reconocer el señorío de Jesucristo y aceptarlo sobre sí. Este punto es capital, pues por él la moral cristiana adquirirá un sentido personal y la definición vocacional encontrará su punto de apoyo.

En esta etapa, el muchacho se cuestiona permanentemente. Aparentemente, de un modo teórico, pero en realidad busca tener experiencia de vida, sabiduría, razones para vivir. La fractura entre su corazón y su razón y entre sus decisiones y sus acciones, más allá de la toma de conciencia que tenga, le hacen sufrir. Desea encontrar las claves necesarias para orientarse en la vida y las fuerzas suficientes que le ayuden a mantenerse en la línea trazada con cierta coherencia y armonía. De algún modo, necesita saber qué hacer, por qué y cómo poder hacerlo. Desea tener un proyecto de vida, una vocación. Es el camino hacia la madu-

rez. Los catequistas-acompañantes le han de presentar la fe cristiana como el camino hacia esa plenitud que anhela y como la promesa del cumplimiento de sus grandes ideales.

En efecto, la propuesta evangélica debe mostrar la potencia que tiene para dar razones para vivir: creer para comprender; y el auxilio que ofrece para recorrer un camino de coherencia y felicidad en obediencia y seguimiento de Jesucristo. Es el tiempo de volver a los grandes documentos de la fe: el Símbolo de los apóstoles, los mandamientos desde la perspectiva de la Bienaventuranzas y el mandamiento doble del amor, el Padrenuestro. Documentos que los adolescentes han de recibir desde una doble perspectiva: como claves para comprender la vida (alcanzar sabiduría) y como orientaciones para vivir (ser felices). Aquí es imprescindible ayudar a los muchachos a que se hagan conscientes y se abran a la acción secreta, pero real, del Espíritu. Él es el que permite sentir como Jesús, pensar y actuar como Él. Los catequistas, acompañantes y mistagogos, han de iniciar a los adolescentes a discernir las mociones del Espíritu y a que se dejen mover dócilmente en aras de poder integrar la fe y la vida y definir su vocación al servicio del Reino.

Un último elemento, tras la aceptación del señorío de Cristo y a partir de su familiaridad con la acción del Espíritu, el catequista ha de incitar al adolescente a que busque su lugar en la Iglesia y se pregunte por su contribución particular en la construcción del Reino. Al adolescente se le ha de ayudar a comprender que la Iglesia es el Pueblo de Dios que camina por la historia y que, bajo el impulso del Espíritu, actualiza la obra salvadora de Jesucristo. A sus ojos debe aparecer que la Iglesia es mucho más que su pequeño grupo y su comunidad cristiana de referencia. Se ha de sentir convocado a un proyecto grande que le llene de ideales y de esperanza. En esta edad, como decimos, la cuestión vocacional es capital, es un elemento fundamental para dinamizar la vida del adolescente y una llamada para que vaya definiendo su identidad por medio de pequeñas decisiones. Aquí el testimonio de los santos y de las personas creyentes de su entorno son fundamentales.

IV. CONCLUSIÓN

Nuestro trabajo ha fijado su atención en el proceso espiritual de conversión de niños y adolescentes. El presupuesto de nuestra reflexión ha sido que los niños, desde una edad muy temprana, tienen una disposición espiritual y aun una vivencia especial del misterio que envuelve la vida. Es evidente que esta disposición es preciso despertarla y cultivar los primeros esbozos de dicha vivencia. Quizá esa apertura se atrofia y las primeras vivencias se frustran porque los niños no encuentran ni el contexto apropiado ni las personas con la suficiente sensibilidad como para reconocerlas y acompañarlas. Daría la impresión que los adultos del tiempo presente no terminamos de saber detectar esas vivencias infantiles sobre el misterio sagrado de la vida, tampoco cómo dialogar con los niños sobre ellas y menos cómo configurarlas y desarrollarlas cristianamente sin caer en un adoctrinamiento.

Unas palabras de Jesús nos ponen en la pista para comprender el origen de esta dificultad: «En verdad os digo que si no os convertís y os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18,3). En efecto, los adultos hemos dejado de ser niños, y no solo por la edad. Muchas de nuestras primeras vivencias espirituales, que colindaban con el misterio divino, las hemos dejado atrás cuando no las hemos olvidado. Ya no sabemos transitar esas vivencias que el propio Espíritu de Cristo suscita en los más pequeños: nos resistimos a nuestra dependencia de Dios, no miramos con asombro todo cuanto nos rodea, nos cuesta recibirnos de la gracia divina... Necesitamos convertirnos a la infancia, a esa situación original, por antecedente, y originante, por permanente, que revela nuestro ser criatural y nos dispone a recibir el amor paternal y providente de un Dios que Jesucristo ha revelado como Padre. ¿Quién ante tal constatación no hará suya la oración de Unamuno.

Agranda la puerta, Padre,
 porque no puedo pasar;
 la hiciste para los niños,
 yo he crecido a mi pesar.
 Si no me agrandas la puerta,
 achícame, por piedad
 vuélveme a la edad bendita
 en que vivir es soñar⁶³.

63 M. DE UNAMUNO, *Obras completas*, Tomo VI (Editorial Afrodísio Aguado, Madrid 58) p. 957.

¿Cómo Dios va a agrandar la puerta si su Hijo para acercarse al hombre se hizo niño en Belén de Judá? La puerta para entrar en la Basílica de la Natividad es pequeña, quien quiere entrar por ella y acercarse al misterio del amor divino o es niño o se debe agachar. Parafraseando a Jesús debe hacerse como un niño para entrar. Los niños son los que nos pueden ayudar a abajarnos, ellos serán nuestros maestros para recuperar la infancia espiritual, requisito para entrar en el reino de los cielos. Cada niño que viene al mundo es respuesta que el Señor da a la oración de Unamuno. Es la oportunidad que nos da para achicarnos, para que al acompañar sus vivencias espirituales recuperemos aquella edad bendita en que vivir es cumplir con el plan que Dios tiene sobre cada uno de nosotros y que no es otro que ser hijos suyos en su Niño-Hijo, Jesús.